



DE LA ARQUEOLOGÍA
EN VENEZUELA Y DE LAS COLECCIONES
ARQUEOLÓGICAS VENEZOLANAS

Lino Meneses / Gladys Gordones

A 200 AÑOS DE LA INDEPENDENCIA. LA REVOLUCIÓN CONTINÚA

B
COLECCIÓN
BICENTENARIO

**DE LA ARQUEOLOGÍA EN VENEZUELA
Y DE LAS COLECCIONES ARQUEOLÓGICAS
VENEZOLANAS**

Colección Bicentenario
Independencia y Revolución

A 200 AÑOS DE LA INDEPENDENCIA,
LA REVOLUCIÓN CONTINÚA

Lino Meneses Pacheco
Gladys Gordones Rojas

**DE LA ARQUEOLOGÍA
EN VENEZUELA
Y DE LAS COLECCIONES
ARQUEOLÓGICAS VENEZOLANAS**
*Propuesta para la construcción
de la Red de Museos
de Historia de Venezuela*



Caracas, 2009

Colección Bicentenario
Independencia y Revolución

Comisión Editorial

Aristides Medina Rubio
Pedro Enrique Calzadilla
Luis Felipe Pellicer

Asistente Editorial

Joselín Gómez

Correctora

Yanuva León

Diagramación

Orión Hernández

Diseño de portada

Aarón Lares

Imagen de portada

Objetos de la serie Valencioide y Tocuyanoide pertenecientes a la colección del Museo de Ciencias Naturales. Fundación de Museos Nacionales. Caracas-Venezuela.

Impresión

Printanet, C.A.

De la arqueología en Venezuela y de las colecciones arqueológicas venezolanas.

Propuesta para la construcción de la Red de Museos de Historia de Venezuela.

Primera edición: Fundación Centro Nacional de Historia, Caracas, 2009

Fundación Centro Nacional de Historia.- Editor

Final Av. Panteón, Foro Libertador, Edificio Archivo General de la Nación P.B. Caracas, Venezuela
centronacionaldehistoria@gmail.com

Depósito Legal: If22820093004350

ISBN: 978-980-7248-25-9

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

Índice general

Introducción	9
Capítulo I	
La historia patria.....	13
Capítulo II	
La arqueología en Venezuela a finales del siglo XIX y los primeros treinta años del siglo XX.....	23
Capítulo III	
La arqueología del buen vecino.....	39
Capítulo IV	
El nuevo ideal de la arqueología	55
Capítulo V	
Los últimos 40 años.....	63
Capítulo VI	
Las colecciones arqueológicas (históricas) venezolanas.....	75

Capítulo VII	
Red de Museos de Historia de Venezuela	93
Bibliohemerografía	97

El Desarrollo de las ciencias sociales no constituye un monopolio de determinadas colectividades científicas y determinados hombres de ciencia, sino que es cosa de pueblo.

Rodolfo Quintero, 1969.

Introducción

Este libro es producto de un proceso de investigación que tuvo como objetivo fundamental descubrir las complejas relaciones políticas y sociales que han estado vinculadas con la investigación arqueológica en Venezuela y el estado en que se encuentran las colecciones arqueológicas que se han constituido en el devenir del tiempo, para comprender el estado actual de la disciplina en cuanto al reducido número de investigadores/as activos, publicaciones, centros de investigación dedicados a la investigación arqueológica y sobre todo porque en la enseñanza de la historia venezolana no se encuentran los resultados de las investigaciones que han realizado diversos/as investigadores/as en el territorio venezolano desde finales del siglo XIX hasta el comienzo del siglo XXI.

En Venezuela y, sin temor a equivocarnos, en toda América, mientras más antiguo y más fantásticos son los contextos arqueológicos y los objetos que se encuentran en ellos, la valorización intelectual y popular de los mismos adquieren mayor relevancia. De esta realidad se desprende la imagen más popular que se tiene de un/a arqueólogo/a como persona que estudia objetos y restos muy antiguos que en la mayoría de los casos se desvinculan de la historia venezolana.

Esta realidad tiene correspondencia con la tradición de algunos/as profesores/as venezolanos/as de arqueología de la Universidad Central de Venezuela que nos decían en sus clases en nuestra época de estudiante que la investigación arqueológica debería ser imparcial, académica y apolítica.

Muchas veces se nos planteaba que más que filosofar o teorizar –que era lo que hacía la arqueología social latinoamericana– teníamos que describir y reconstruir de manera coherente y “objetiva” la cultura que se encontraba presente en los yacimientos arqueológicos que estudiábamos.

Indudablemente que esta conseja promovida en la Escuela de Antropología de la UCV, tenía y tiene mucho que ver –debido a que muchos colegas creen que esto es así– con la prédica de que la producción de conocimientos se encuentra constituida por pensamientos no políticos y suprapartidistas, cuento muy llamativo que fue y es promovido con mucha fuerza por los medios de transmisión electrónica (Internet) y la fuerza de una industria editorial que impone modismos “teóricos” desde los países del norte, muy especialmente desde los Estados Unidos (Said, 2007; Meneses, Gordones y Clarac, 2007).

Buena parte de toda esta discusión es enmascarada con el dogma de la “objetividad” o lo que es lo mismo, la “imparcialidad”. Con el manto de la “objetividad” o la “imparcialidad”, como paraíso ilusorio del quehacer científico, se nos presenta a la ciencia moderna occidental –en este caso la arqueológica– como la única forma posible de realizar investigación, trayendo como consecuencia la separación entre el mal llamado “objeto de estudio” que en nuestro caso son nuestras propias comunidades y el/la investigador/a que forma parte, desde una perspectiva histórica-social, de nuestras mismas comunidades.

Lo más grave de todo este asunto es que esta forma de concebir la investigación científica ha traído como consecuencia práctica inmediata el aislamiento de nuestros colegas de la realidad histórica y social que les rodea y que se expresa en nuestras comunidades, situación que, en última instancia, ha incidido de manera negativa en el uso social de los resultados que se han obtenido en las investigaciones arqueológicas.

Este modo de hacer arqueología en nuestro país tuvo sus primeros pasos a mediados de los años treinta del siglo xx con la implantación en Venezuela de la “arqueología del buen vecino”, o lo que es lo mismo el paradigma arqueológico estadounidense, que promovió una forma de hacer arqueología “científica” desvinculada de la historia patria que habían promovido nuestros pioneros a finales del siglo xix y comienzos del siglo xx.

Para darle repuesta a esta realidad, este libro que presentamos lo hemos estructurado en dos grandes capítulos. El primero que lo hemos

intitulado “De la Arqueología en Venezuela”, presentamos una historia, desde finales del siglo xix hasta los años noventa del siglo xx, de las investigaciones arqueológicas realizadas en los territorios que hoy forman parte de la República, historia que hemos indagado tomando en cuenta la estrecha relación de las circunstancias históricas, políticas y sociales que han estremecido al país con las propuestas investigativas y teóricas que han desarrollado nuestros pioneros en la arqueología, los/as arqueólogos/as estadounidenses que realizaron sus proyectos en la geografía venezolana y los/as colegas venezolanos/as que empezaron a realizar sus investigaciones a partir de la primera promoción que egresó de la UCV a finales de la década de los cincuenta del siglo xx. Para alcanzar una mejor comprensión de todo este proceso, este capítulo lo hemos dividido en cuatro subcapítulos: “La historia patria”, “La arqueología del buen vecino”, “El nuevo ideal de la arqueología” y “Los últimos 40 años de la Arqueología en Venezuela”. El segundo gran capítulo lo hemos llamado: “De las colecciones Arqueológicas en Venezuela”, en el cual exponemos la situación en que se encuentran las colecciones arqueológicas que se han formado a partir de las investigaciones desarrolladas en el territorio venezolano y el destino de las mismas, para luego proponer la construcción de una Red Nacional de Museos de Historia, en tanto que concebimos a la Arqueología como una ciencia histórica, que utilice dichas colecciones arqueológicas como medios pedagógicos para el conocimiento de nuestra historia.

Capítulo I

La historia patria

A pesar de la gesta libertadora de Simón Bolívar y José Antonio Sucre, entre otros y otras, la situación colonial se siguió reproduciendo en la joven República de Venezuela, no por la supremacía política-militar del imperio español que fue expulsado de nuestros territorios por los/as libertadores/as, sino por la construcción de un imaginario colectivo que colocó a los europeos como héroes civilizadores y a las comunidades aborígenes, la población africana esclavizada y a los/as mal llamados/as mestizos/as que estaban asentados en los territorios que hoy conforman la República Bolivariana de Venezuela, como salvajes y atrasadas.

La necesidad de forjar una nueva identidad social colectiva con la situación histórica y geográfica planteada en Venezuela a partir de 1830 a raíz de nuestra separación de la Gran Colombia, trajo como consecuencia que se realizara un amplio debate público sobre el conocimiento, la enseñanza y la difusión de nuestra historia (Harwich, 1988; Medina Rubio et al., 1999). En este contexto sociohistórico, los textos de Indias como los de Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, editada por segunda vez en el año de 1847 (Pardo, 1991), de José de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, reimpresa en Caracas en el año de 1824 (Oviedo y Baños, 1982), los libros: *Resumen de la historia de Venezuela* de Rafael María Baralt, publicado en 1841 y el *Resumen de la geografía de Venezuela* de Agustín Codazzi, también de 1841 (1940), sirvieron, hacia mediados del siglo XIX, de base para el conocimiento y la divulgación de la historia de

Venezuela y por ende para la construcción del imaginario colectivo que le dio continuidad, por medios no militares y políticos administrativos, al imaginario impuesto por la dominación colonial europea en un primer momento y luego estadounidense.

Una muestra de esta realidad la tenemos en Juan de Castellano cuando escribía sobre los pueblos originarios que ocupaban los territorios que hoy forman parte de la República Bolivariana de Venezuela. Juan de Castellano, por ejemplo, describía a los Kusina, pueblo que habitaba en la Península de La Guajira, de la siguiente manera:

Descubrieron amplísimas zavas, aunque llenas de cardos y espinas, habitadas de gentes inhumanas, Las cuales por allí llaman cocinas,(...) En el uso de su mantenimiento, he de varones viejos entendidos, como suelen comer el escremento, y que después de seco y demolido (¡oh muy mas que bestial entendimiento!). Lo tornan a meter donde ha salido: Es gente torpe, sucia, vagabunda, e usa de comida tan inmundas. (Juan de Castellanos, 1987:185).

Es así como las descripciones destacadas en los textos de Indias, transformados en “crónicas” y fuentes para el conocimiento de nuestra historia por la historiografía del siglo XIX (Borjas, 2002), de indios inhumanos e idólatras, negros no civilizados y misioneros y ejércitos civilizadores, contribuyeron al triunfo de un imaginario colectivo que se instauró con la conquista y la colonización de América que reforzaba la superioridad de los/as europeos/as y la población blanca criolla y la inferioridad de los pueblos indios, mestizos y mulatos de América.

Para finales del siglo XIX se inicia una reacción, encabezada en un primer momento por Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst, en contra de la construcción de la historia venezolana basaba únicamente en las descripciones contenidas en los textos de Indias y en el papel del dios creador divino como el único responsable de los acontecimientos históricos que estremecían a Venezuela.

Con Rafael Villavicencio el estudio de la historia se plantea de una manera novedosa y revolucionaria para la época, dándole un valor extraordinario a las evidencias empíricas para la sustentación de los hechos históricos. Decía Villavicencio que “Hasta hace poco la historia se reducía a meros materiales de erudición, o a una serie de vagas concepciones

metafísicas sin apoyo alguno en la realidad de las cosas...” (Villavicencio, 1961:80).

A partir de las intervenciones de Villavicencio sobre la necesidad de sustentar nuestra historia en realidades observables y medibles, veremos que muchos intelectuales que se dedicaron al trabajo etnológico y arqueológico van a darle a las evidencias empíricas un papel destacado en sus interpretaciones, de tal manera que para conocer la historia aborígen de Venezuela era, si se quiere, obligatorio realizar trabajos de campo en distintos puntos de la geografía nacional. Petroglifos, cementerios indígenas con sus restos óseos incluidos, piezas cerámicas, líticas y de conchas, se constituyeron, junto con las lenguas habladas por los distintos grupos étnicos que existían en Venezuela, en las evidencias utilizadas por los intelectuales de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX para la construcción de nuestra historia.

En este contexto de la discusión, Adolfo Ernst le dio importancia a la fundación del Museo Nacional de Caracas en el año de 1871 como institución donde deberían estar acopiadas todas las muestras etnográficas y científicas que le darían sustento a la historia venezolana.

De igual manera para Vicente Marciano los estudios arqueológicos en Venezuela eran de interés, porque:

...Por una parte, constituye para el país, el tronco de donde arrancan las ramas de la historia patria; viene a ser la historia precolombina de Venezuela, que no tiene para basarse anales escritos, ni puede hacerlo en meras tradiciones, necesita servirse de los medios que deja establecido la ciencia moderna. Por la otra, los descubrimientos que dicha ciencia se realice en nuestro país, interesarán vivamente a la Europa, pues están llamados a prestar luz y a aumentar los materiales que las naciones civilizadas acumulan de consuno, a costa de largos estudios y trabajos continuados para dar algún día solución al trascendental problema del origen del hombre (Marciano V., 1971:349).

Precisamente una de las grandes preocupaciones que tenía Lisandro Alvarado en relación con la historia de Venezuela, era que las consideraciones históricas y etnológicas que se hacían sobre Venezuela en el siglo XIX eran apoyadas sistemáticamente por los testimonios que aportaban los antiguos textos de Indias. Para Alvarado con la investigación antropológica iniciada por Adolfo Ernst en las últimas décadas del siglo XIX, se ponían en un plano

secundario las informaciones que aportaban los historiadores de Indias para reconstruir la historia de Venezuela (Alvarado, 1989a).

Como alumno destacado de Adolfo Ernst, Lisandro Alvarado recalca la importancia de los datos empíricos para la construcción de la historia patria. Alvarado planteaba en 1907 que, para poder realizar un programa de “etnografía patria”, era importante realizar viajes de exploración por el territorio venezolano para acopiar esqueletos humanos, armas, utensilios o adornos y vocabularios de lenguas muertas o vivas (Alvarado, 1989a).

Sin embargo, todo este debate sobre la necesidad de realizar investigaciones de campo para sustentar la historia patria, de alguna manera mostraba contradicciones internas cuando se mezclaba con el discurso de incorporación de la joven República de Venezuela a la modernidad, que era uno de los objetivos políticos de la clase dominante venezolana de finales del siglo XIX. Para alcanzar este objetivo, se desarrolló un discurso ideológico, sustentado en las teorías socio-antropológicas positivistas europeas del siglo XIX, que afirmaba que la situación histórica, social y cultural crítica que vivía la Venezuela de ese entonces era producto de las condiciones morales de las razas mixtas o mezcladas (Ernst, 1987).

Para la oligarquía criolla del siglo XIX, y la del presente también, incorporar a Venezuela a la modernidad significaba igualarnos en lo formal a Europa, por tanto, era importante seguir legitimando el papel “civilizador del europeo”, y aunque las llamadas razas mezcladas o mixtas eran las mayorías del país, los intelectuales orgánicos de la época, siguiendo la filosofía de la conquista (Zavala, 2005) denigraron e invisibilizaron a los/as afrodescendientes (mulatos/as), resaltaron los aportes de los blancos criollos para orientar al país por los senderos de la civilización, y le dieron importancia al estudio del pasado indígena, en tanto que ese pasado, no el presente indígena, era considerado para la comprensión de nuestra historia un estadio social y cultural exento de toda mezcla (Vargas y Sanoja, 1993 y Vargas, 2005).

Quizás la convicción más eficaz del pensamiento social moderno es aquella que nos refiere al desarrollo natural de los procesos históricos de las sociedades, noción que se traduce literalmente en la naturalización de las relaciones sociales y culturales y en la concepción, por cierto muy poderosa, de que las características económicas, políticas y sociales de la sociedad moderna –capitalista liberal– es la senda natural para transitar

hacia el progreso de la sociedad. Desde esta visión del asunto, en la cual las investigaciones arqueológicas y antropológicas contribuyeron y contribuyen mucho a su consolidación en el imaginario colectivo, la sociedad capitalista liberal-moderna se nos presenta, muy a pesar de los desastres político-sociales, como la única posible (Lander, 1993).

Con la conquista y la colonización de los territorios que hoy forman parte del continente americano, los ibéricos se encontraron con una multitud de pueblos con sus respectivas historias, lenguas, tecnologías, religiones e identidades. Esta nueva realidad, que significó para los ibéricos el ensanchamiento del mundo, desató una extendida discusión que se sintetiza en una amplia literatura, que la podemos llamar filosofía de la conquista (Zavala, 2005), que buscaba dilucidar los tratos que debían recibir los hombres, las mujeres, los niños, las niñas, los ancianos y las ancianas del mal llamado Nuevo Mundo.

En el despliegue mundial del pensamiento capitalista liberal-moderno, también fueron naturalizadas las identidades sociales colectivas, clasificando socialmente a las comunidades y a los pueblos del mundo en indios y razas (Quijano, 1993; 2000 y 2007).

En el caso de América, exceptuando quizás a los azteca, los inca, los chibcha y los maya, todos los demás pueblos originarios del llamado Nuevo Mundo quedaron reducidos a la categoría de indio, categoría que nos remite ineludiblemente a dos condiciones históricas que se han hecho recurrentes en nuestro mundo: la condición racial y la condición colonial (Bonfil, 1972; Quijano, 1993 y 2000; Krotz, 2002).

La raza como categoría de clasificación social fue una invención asociada con el nacimiento de América que otorgó legitimación en lo político a las relaciones de dominación colonial en los términos de la definición de hombres y mujeres superiores –por ejemplo, los/as de sangre pura– y hombres y mujeres inferiores, ejemplo, indios/as, negros/as, mulatos/as y zambos/as. Como razas, indios, negros, zambos y mulatos se constituyeron para América en identidades sociales homogenizadas que aglutinaron conglomerados humanos jerarquizados con distintos roles y puestos en la sociedad (Quijano, 1993; 2000 y 2007).

En el caso venezolano, para el año 1839 se clasificaba a la población en indios independientes, indios medio civilizados, indios completamente civilizados, hispano-americanos blancos y europeos, razas mezcladas y esclavos. Esta clasificación social de la población cambió hacia el año de

1844 cuando fue catalogada la población venezolana en habitantes libres, manumisos y esclavos (Ernst, 1987). Hacia el último tercio del siglo XIX en Venezuela, los pulperos, los barberos, marineros, sirvientes, carpinteros y albañiles, entre otros, eran “mulatos” o “zambos” y la abogacía, el sacerdocio y la medicina eran profesiones ejercidas por los blancos criollos (Villavicencio, 1895; Ernst, 1987).

Según el propio Adolfo Ernst:

...la mezcla de las razas no producía una depravación de las facultades intelectuales; sin embargo,(...) si se observa más detenidamente, se descubrirá que este aparente progreso no es sino un barniz exterior, el resultado de la facultad imitativa, muy marcada, de las razas mixtas con sangre africana. Ellos tienen cierta habilidad para reproducir lo que ven, pero generalmente hablando no son capaces ni les interesa buscar algo nuevo... (Ernst, 1987: 21).

Pero no eran solamente las “razas mixtas con sangre africana” las que no eran capaces de tener realizaciones intelectuales que aportaran su grano de arena en el camino venezolano a la civilización, también los indios eran considerados por algunos de estos intelectuales como “razas inferiores”, así lo pensaba y lo expresaba Elías Toro en un trabajo que tituló: *Por las selvas de Guayana*, publicado por primera vez en Caracas para 1905.¹ Refiriéndose

1 En este trabajo, Elías Toro nos deja un testimonio interesante sobre el proceso de penetración ideológica realizado entre los años de 1840 y 1844 por los evangélicos anglosajones a las comunidades indígenas asentadas en la Sierra de Parima, que nos permitirían considerar a esta acción como los orígenes más remotos de las llamadas “nuevas tribus”. Elías Toro nos relata que hacia 1840 Robert Shomburgk había llegado a la misma comunidad indígena visitada por ellos sesenta años después. Según Toro: “Este explorador, con ribetes de misionero, enseñó al jefe de la tribu algunos salmos de la Biblia exhortándole a que los enseñase a toda la tribu, congregada en el sitio indicado y regalándole un ejemplar de la Biblia en inglés(...) Sesenta años han transcurrido desde entonces y aún conserva el ya muy anciano Jeremai, como precioso talismán, objeto de sus más solícitos cuidados, el ejemplar de aquella Biblia en inglés...” (Toro, 1961:480). Por la historia sabemos que Shomburgk fue comisionado en el año de 1834 por la Royal Geographical Society para realizar una expedición cuyo objeto era investigar los aspectos físicos y astronómicos de la Guayana Británica. ya para el año de 1839 Robert Shomburgk presentaba al gobernador de la Guayana Británica de ese entonces una memoria y mapas de sus exploraciones exponiendo que Gran Bretaña podía reclamar a Venezuela la ampliación de las fronteras de la Guayana Británica hasta Punta Barima, y recomendando para tales fines una exploración de estos territorios. A la postre, las propuestas fronterizas de Shomburgk se conocerían como la *Línea Shomburgk* que sirvió de sustento a la Gran Bretaña para pretender arrebatarle a Venezuela los territorios del Esequibo ([Consulta: 20 de octubre de 2007] Disponible en: www.mre.gob.ve/public/Precedencia%20

a los indígenas de la aldea de Camaiguán, ubicada en la Sierra de Parima, Toro afirmaba que:

Estos salvajes, moralmente considerados, son todos indolentes y egoístas; bajo su aspecto intelectual son en general estúpidos, en tanto que en los países civilizados hay individuos tan estúpidos como estos salvajes, pero también hay hombres inteligentes y hombres superiores (Toro, 1961:482).

Lo sesgos racistas que predominaban en la discusión antropológica europea hacia la segunda mitad del siglo XIX, época en la cual se hicieron presentes los planteamientos del conde Gobineau, quien creía que el destino de las naciones prósperas estaba determinado por su composición racial (Trigger, 1992), se encuentran presentes en buena parte de la obra de los intelectuales orgánicos que apoyaron con sus escritos el proyecto de modernización que desembocó hacia las primeras tres décadas del siglo XX en la consolidación del Estado-Nación.

A pesar de los esfuerzos modernizadores de Guzmán Blanco en las últimas décadas del siglo XIX y el desempeño a finales del XIX y comienzos del siglo XX del andino Cipriano Castro (1889-1908), que como presidente de Venezuela promovió con contundencia militar y política la cohesión y modernización del Estado venezolano, es con el gobierno dictatorial de otro andino llamado Juan Vicente Gómez (1908-1935) que definitivamente se le da forma y coherencia al proceso de cohesión y modernización iniciado en la época de Guzmán Blanco. En alianza con los capitales estadounidenses asociados a la explotación del petróleo, Juan Vicente Gómez como expresión política de las clases dominantes, promovió en su programa de gobierno como eje transversal la consigna positivista “Orden, paz y progreso”. Con el hallazgo de los primeros pozos petroleros en el territorio venezolano, el país transita de una economía agro-exportadora, que se encontraba en crisis por la debacle mundial de los precios hacia una economía petrolera, garantizándole a Venezuela un lugar en la órbita del capitalismo mundial y en consecuencia directa la dependencia en lo político, económico y tecnológico de los Estados Unidos de América.

Colonial.pdf). Es interesante observar que Shomburgk aparecerá luego en el año de 1851 como cónsul de Inglaterra en República Dominicana y haciendo trabajos arqueológicos en dicho país (Veloz Maggiolo, 1979).

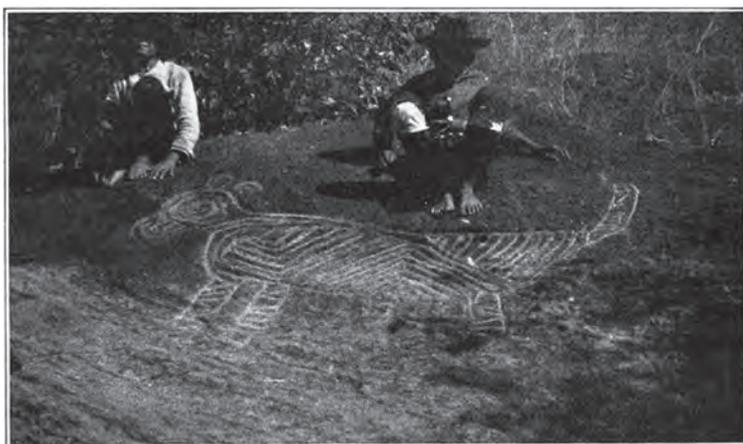
El quehacer intelectual de la época ya se encontraba fuertemente influenciado por los planteamientos positivistas ideados en Europa e introducidos en el país a finales del siglo XIX por Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst. La filosofía positivista se convirtió en el pensamiento oficial del régimen gomecista, debido a la incorporación en altas posiciones gubernamentales de diferentes intelectuales y científicos, muchos de ellos discípulos de Villavicencio y Ernst. Samuel Darío Maldonado, Pedro Manuel Arcaya, Alfredo Jahn, Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz y Mario Briceño Iragorri, entre otros, investigaron y escribieron sobre antropología, arqueología e historia de Venezuela y, produjeron también teorías socio-antropológicas para justificar la dictadura de Gómez.

En este contexto, también es importante precisar que en el período gomecista, los estadounidenses van a empezar a utilizar los estudios arqueológicos y antropológicos con la finalidad de controlar, por encima de los ingleses, franceses y holandeses, la industria petrolera. Dos casos muy concretos que ejemplifican esta realidad, lo encontraremos en T. A. Bendrat y Theodoor de Booy.

Bendrat, que trabajaba para la Universidad de Carolina del Norte, realizó un survey petrográfico y geológico de Caicara del Orinoco hacia los años de 1908 y 1909 y publicó un trabajo sobre los petroglifos de Caicara (Bendrat, 1912)², mientras que, Theodoor de Booy, realizó investigaciones arqueológicas en la isla de Margarita para el Museo del Indio Americano de Nueva York en el año de 1915 y para el año de 1918 realizó una exploración geográfica, etnológica y arqueológica de la Sierra de Perijá, estado Zulia (de Booy, 1918a, 1918b), apoyado en la Caribbean Petroleum Company, con sede en Filadelfia, que buscaba petróleo en la región y que se encontraba influenciada por las exploraciones que realizaban diversas compañías petroleras interesadas en la Concesión Barco en el territorio colombiano (de Booy, 1918a, 1918b; Case, 1921).

2 Es importante acotar que Bendrat coloca en su publicación, realizada en 1912, a los petroglifos de Caicara como un nuevo descubrimiento; sin embargo, es necesario precisar aquí que dichos petroglifos ya habían sido reportados por Gaspar Marcano en el año 1890 (Marcano, 1971) por Adolfo Ernst en el año de 1889 (Ernst, 1987d).

De la arqueología en Venezuela y de las colecciones arqueológicas venezolanas



Petroglifo de Caicara del Orinoco, estado Bolívar, estudiado por T. A. Bendrat.
Fuente: T. A. Bendrat, 1912.

Capítulo II

La arqueología en Venezuela a finales del siglo XIX y los primeros treinta años del siglo XX

Las últimas tres décadas del siglo XIX y los primeros treinta años del siglo XX constituyen un período histórico muy importante para la comprensión de la situación actual de los estudios arqueológicos en Venezuela. Eran tiempos donde se discutía la necesidad de empezar a transitar los caminos de la modernidad y dejar atrás el país atrasado y dividido por las guerras encabezadas por los caudillos regionales. Para tales efectos se promovía abiertamente la adopción de los valores culturales de Europa (sobre todo de Francia) y aunque se empezó a estudiar con mucha velocidad las antigüedades de Indias y su relación con los pueblos originarios, alcanzar la modernidad supuso ideológicamente darle continuidad al europeo como héroe civilizador e imponer el orden para alcanzar el progreso.

Los planteamientos comteanos y spencereanos que promovían las leyes del evolucionismo, la organización de la sociedad basada en el orden para alcanzar el progreso y los postulados del determinismo geográfico, contribuyeron al fortalecimiento y maduración de un intelectual interesado en nuestra sociedad en sus aspectos históricos y culturales. Indudablemente este interés, a nuestra manera de entender las cosas, tenía que ver, desde el punto de vista político, con la necesidad de crear la atmósfera y las condiciones necesarias para la justificación histórica del Estado venezolano que era una de las metas de la oligarquía de Venezuela, y con la necesidad de demostrar que con el “orden” impuesto por dicha oligarquía era posible alcanzar un estado de “progreso común” (Meneses, 1992).

Si revisamos las publicaciones arqueológicas y antropológicas producidas a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX en Venezuela, nos daremos cuenta de que la labor intelectual de este período de la historia venezolana justificó y apoyó las políticas modernistas que se desarrollaron a partir de las últimas décadas del siglo XIX bajo el gobierno de Antonio Guzmán Blanco hasta la presidencia ejercida por Juan Vicente Gómez en los primeros treinta años del siglo XX, época en que se consolida el Estado-Nación en Venezuela.

En este período que estamos tratando, producto del contexto sociopolítico que vivía el país, un grupo considerable de intelectuales, entre los que se encontraban Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero, Mario Bricicño Irigorri, Julio César Salas, Pedro Manuel Arcaya, entre otros, que por cierto no realizaron investigaciones arqueológicas de campo, produjeron una literatura muy importante en nuestros días donde se discutía los orígenes étnicos de los pueblos originarios que poblaron los territorios que hoy forman parte de Venezuela (Meneses, 1997).

Inicialmente Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst, apoyando el proyecto modernizador liderado por el presidente Guzmán Blanco, empezaron desde la Universidad de Caracas un debate que impulsaba las ideas modernas-liberales, sustentadas en las teorías evolucionistas-positivistas que emergían en Europa en el contexto de la propagación mundial del capitalismo/moderno eurocentrado (Quijano, 1993), contra las ideas conservadoras imperantes en la sociedad venezolana de ese entonces.

El impulso dado a la ciencia en Venezuela a finales del siglo XIX, como actividad asociada a la modernización, tuvo que ver con el interés de Rafael Villavicencio, Adolfo Ernst y Vicente Marcano por crear el entorno político-institucional para la investigación. Para tales fines fundaron grupos de trabajo como la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, el Instituto de Ciencias Sociales e instituciones como el Museo Nacional con sede en Caracas. Tanto Ernst como Marcano fueron los únicos investigadores de campo a tiempo completo con que contaba Venezuela para ese entonces (Pérez Marchelli, 1983). Aunque es significativo recordar que el trabajo investigativo de Vicente Marcano se centró fundamentalmente en el campo de la química aplicada a la industria. Su pasantía por la antropología y la arqueología, que es lo que nos interesa por lo que estamos tratando en este libro, se remitió únicamente a las exploraciones antropológicas que realizó como jefe de la Comisión de Antropología en la Gran Caracas, la

cuenca del Lago de Valencia, el Alto Orinoco, la costa del estado Falcón y en el estado Mérida, que formaba parte para ese entonces del Estado Guzmán Blanco (Marcano V., 1971). Realmente es con Gaspar Marcano, hermano de Vicente residenciado en Francia, que se realizan hacia finales del siglo XIX, las publicaciones académicas de las muestras arqueológicas provenientes de las recolecciones y excavaciones arqueológicas realizadas por Vicente Marcano. Sobre este punto volveremos más adelante.

El pasado, el presente y la totalidad de los procesos sociales e históricos se convirtieron en motivos de reflexión por parte de Rafael Villavicencio. Como eje transversal el pasado, el presente y el futuro se constituyeron en los pilares fundamentales del sistema filosófico-doctrinal de la ciencia positiva postulada por Augusto Comte en Europa a mediados del siglo XIX, que buscaba explicar la totalidad del proceso evolutivo social (Díaz-Polanco, 1989). Tales razonamientos impactaron al pequeño mundo intelectual venezolano de ese entonces, a tal punto que se constituyeron en el andamiaje teórico-ideológico que estimuló y sustentó las investigaciones arqueológicas y etnológicas en la Venezuela de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Aunque Adolfo Ernst no practicó ninguna excavación arqueológica³ de acuerdo a lo que hemos observado en sus publicaciones, sabemos que sus investigaciones de campo quedaron restringidas exclusivamente a las descripciones que realizó hacia 1871 de los concheros de caracoles marinos –*Strombus gigas* y *Turbo pica*– existentes en Los Roques y a la visita de algunos petroglifos ubicados en la Colonia Tovar y Turmerito en la región central de Venezuela (Ernst, 1987a, b, c, d y e). Sin embargo, Adolfo Ernst se preocupó por combinar diversas evidencias que le permitieran tener una visión más completa del tema histórico-antropológico que trataba.

...sería siempre un riesgo sostener una afinidad étnica basándose en una única característica por muy importante que pueda parecer; y me cuidaría ciertamente de proclamar la de los antiguos habitantes de la cordillera de Mérida(...), si no creyera poder apoyar mi opinión además en otros parecidos de orden diferente, es decir, los parecidos del lenguaje (Ernst, 1987f:495-497).

3 Conocemos que por encargo del Bureau of Ethnology de los Estados Unidos, Ernst se proponía realizar con el secretario de la Embajada Estadounidense de Caracas unas excavaciones en la cuenca del Lago de Valencia que finalmente nunca realizó (Ernst, 1987).

Ernst manifestó interés por lo que él llamó hacia 1873 “utensilios de indios” que consistían en piezas cerámicas e instrumentos líticos y de conchas como son las placas aladas fabricadas en serpentina, diorita y *Strombus gigas*. No muy distanciado del valor que se le asignaba a los restos cerámicos en los estudios arqueológicos contemporáneos, Ernst pensaba en el siglo XIX, influenciado por la naciente escuela difusionista alemana, que:

...la cerámica y los objetos de tierra cocida son, en general, de una gran importancia para la solución de las interrogantes etnográficas y ciertamente más adecuadas a este fin que los objetos de piedra. En estos últimos, el hombre depende más de la materia bruta que le ofrece la naturaleza y que es, al mismo tiempo, más difícil de tratar, mientras que las arcillas plásticas que se encuentran en casi todas partes, se prestan fácilmente a la plasmación tradicional de todo lo que se tenía costumbre de hacer en los países de origen de las tribus dispersas algunas veces en regiones muy alejadas de su punto de partida (Ernst, 1987f:495).

Indudablemente que el contacto que Adolfo Ernst sostenía con Rudolf Virchow lo tuvo que mantener actualizado sobre las discusiones que se desarrollaban en Alemania entre Friedrich Ratzel (1884-1901) y Adolf Bastian (1826-1905) en relación al concepto de unidad psíquica del hombre que proponía este último. Ratzel aseguraba que antes de explicar las semejanzas culturales como invenciones independientes, era fundamental probar que no eran producto de migraciones o de contacto interculturales de los pueblos. Para Ratzel era importante excluir cualquier posibilidad de contacto para poder sostener que la misma tipología de artefacto se había inventado más de una vez (Harris, 1985; Trigger, 1992).⁴ En este contexto

4 Según Navarrete (2004), con el apoyo del Bureau of Ethnology a Ernst se inició la penetración ideológica y científica de la escuela antropológica norteamericana a Venezuela; sin embargo, a pesar de que Ernst mantenía relaciones con esta institución estadounidense, tal como lo demuestran las donaciones de piezas arqueológicas al Museo Nacional de Caracas por parte de W. J. Hoffman (Ernst, 1987r), pensamos nosotros que el intercambio de información etnográfica con Alemania y la gran mayoría de sus publicaciones antropológicas realizadas también en ese país, no permiten sustentar la afirmación hecha por Navarrete y más aún cuando sabemos que su publicación *Upper Orinoco Vocabularies* (Ernst, 1895), que desarrolló hacia finales de su vida, fue la única que realizó en los Estados Unidos de América.

De la arqueología en Venezuela y de las colecciones arqueológicas venezolanas

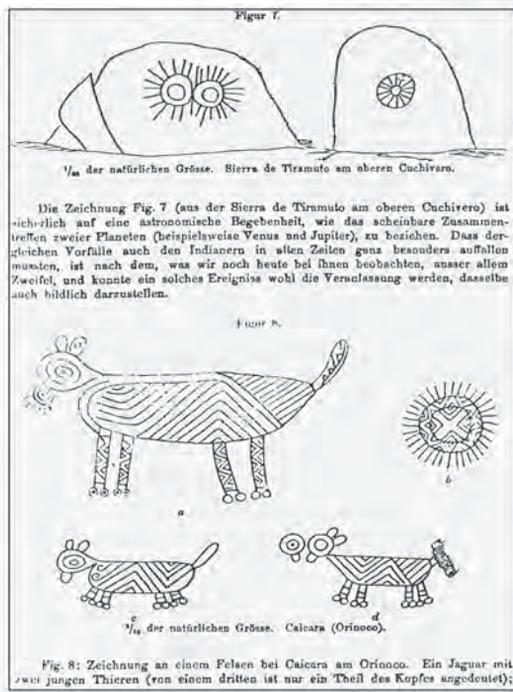
de discusión teórica, Ernst argumentaba la relación de la cerámica de Mérida con la de Costa Rica, llegando a la siguiente conclusión:

...la cerámica de la cordillera de Mérida sería más antigua que la Chiriquí y la de Costa Rica; o por lo menos habría permanecido estacionaria, mientras que en América Central, a consecuencia del contacto inevitable con pueblos más avanzados, esta industria habría hecho grandes progresos, como lo testimonian los hallazgos valiosos que han enriquecido los museos de Washington y de San José de Costa Rica (Ernst, 1987g:503).

En relación a los petroglifos, una esfera de la investigación arqueológica muy publicitada y divulgada desde la época de Alejandro de Humboldt,⁵ Ernst escribía hacia el año de 1885 que el:

...precipitado punto de vista, según el cual estos petroglifos no serían nada más que juegos de los indios,(...) Sería cómodo dejar de lado como un “juego” aquello que no se puede explicar; pero de este modo no progresamos(...) Quizás es posible que poco a poco se alcance un resultado(...), ya que no es improbable que los petroglifos y otras representaciones gráficas estén en cierta relación con el ricamente desarrollado lenguaje de signos de los indios (Ernst, 1987:105).

5 A finales del siglo XVIII Alejandro de Humboldt describía de la siguiente manera los petroglifos de la Encaramada y de Caicara del Orinoco: “He aquí en toda sencillez, en el seno de pueblos salvajes, una tradición que los griegos han hermoseedo con todos los encantos de la civilización. A algunas leguas de la Encaramada se alza en el medio de la sabana un peñón llamado Tepumereme (la roca pintada), que tiene figuras de animales y líneas simbólicas parecidas a las que hemos visto bajando de vuelta el Orinoco, a corta distancia y más abajo de la Encaramada, cerca de la ciudad de Caicara (...) En las riberas del Casiquiare y el Orinoco, en la Encaramada, el Capuchino y Caicara estas figuras jeroglíficas están situadas a menudo en el alto, sobre paredes roqueñas...” (Humboldt, 1985b:327-328).



Petroglifos de Cuchivero y Caicara del Orinoco, estado Bolívar, estudiados por Adolfo Ernst.
Fuente: Adolfo Ernst, 1987

Esta opinión de Adolfo Ernst es apoyada por Gaspar Marcano hacia el comienzo de los años noventa del siglo XIX cuando planteaba que las pictografías americanas no podían ser consideradas como objetos de curiosidad, y que su importancia era demasiado grande para que la investigación no se hubiere realizado de manera rigurosa (Marcano, 1971).

A diferencia de Adolfo Ernst, Gaspar Marcano sí basó sus interpretaciones antropológicas con base en las evidencias provenientes de las investigaciones arqueológicas de campo que fueron realizadas bajo la coordinación de su hermano Vicente Marcano en el marco del proyecto de exploración antropológica de Venezuela, auspiciado por el gobierno de

Guzmán Blanco en el año de 1887 y continuado en 1889 en el gobierno del presidente Juan Pablo Rojas Paúl (Marcano V., 1971).⁶

A partir del año 1887, Vicente Marcano realizó, acompañado por Alfredo Jahn y Carlos A. Villanueva, diversas prospecciones arqueológicas en el valle de Caracas, la cuenca del Lago de Valencia, la región del Alto Orinoco, la cordillera andina de Mérida y Coro, obteniendo como resultado el hallazgo de diversos contextos arqueológicos asociados con petroglifos, entierros secundarios, objetos cerámicos e instrumentos líticos. Vale la pena mencionar, debido a la poca información arqueológica que se tiene relacionada con la ocupación de pueblos originarios para el valle de Caracas, que Vicente Marcano realizó trabajos arqueológicos en lo que es hoy la Gran Caracas, más específicamente, en El Hatillo, La Vega, Los Teques, San Pedro, El Carrizal, Las Lagunitas y Baruta. Quizás el hallazgo más significativo, lo tenemos en La Vega donde Vicente Marcano encontró un cementerio aborígen, que por desgracia se encontraba muy removido por el arado, y cuyos restos óseos se encontraban depositados en vasijas de barro (Marcano V., 1971).

Entre los hallazgos arqueológicos más importantes de Vicente Marcano, se encuentran los montículos habitacionales-funerarios de Tocorón, La Quinta y La Mata en la cuenca del Lago de Valencia. Las propias palabras de Vicente Marcano muestran la magnitud de los restos arqueológicos hallados para el año de 1887 en dicha cuenca:

...el más importante resultado de esta primera recorrida fue el descubrimiento hecho en el sitio denominado Los Cerritos, cerca de Santa Cruz, en inmediaciones del Lago de Valencia, de una inmensa necrópolis india. Para dar idea de su magnitud bastará anotar que los cerritos son eminencias artificiales en número de cerca de cien, que tienen a veces

6 En su mensaje presidencial al Congreso Nacional, pronunciado el 11 de marzo de 1889, Rojas Paúl, exponía en el contexto de la reorganización de la Universidad Central de Venezuela y de la necesidad de traer a dicha universidad la ciencia moderna, que: “Los estudios geológicos y antropológicos vienen arrojando, en los últimos tiempos, torrentes de luz sobre los grandes problemas de la ciencia y de la filosofía de la historia, y en esta obra de esclarecimientos, para depurar la civilización de errores seculares, Venezuela ha comenzado a colaborar eficazmente con luminosos trabajos(...), que han estudiado la composición del terreno, las lenguas indígenas de Venezuela, las pictografías, costumbres, artes, ciencias y monumentos de los primitivos pobladores, y hecho numerosas e interesantes observaciones etnográficas, geológicas y etnológicas que importa recogerse ordenar y divulgar. Me ocupo en estudiar la manera de dar forma conveniente a ese pensamiento, como que él es ya una imposición del progreso que hemos alcanzado...” (Rojas Paúl, 1970:350-351).

doscientos metros de largo por quince a veinte de ancho(...) todas están plagadas de restos humanos, objetos de adorno, utensilios de barro y restos de cocina (Marcano, V. 1971:350).

Apoyado en las investigaciones de campo que realizó su hermano Vicente, Gaspar Marcano quizás es el primer intelectual venezolano que combina diversas fuentes para profundizar el conocimiento de la historia aborigen de Venezuela. Con Gaspar Marcano, se incorporaron por primera vez las evidencias arqueológicas provenientes de diversos sitios arqueológicos a la explicación de la historia de la República. En este contexto, para realizar la reconstrucción de la etnografía precolombina de Venezuela, como él la llamó, combinó en sus monografías los análisis de las evidencias cerámicas, líticas y osteológicas provenientes de las excavaciones realizadas por su hermano, con los petroglifos y la información que suministran los textos de Indias, los exploradores y los viajeros que pasaron por nuestro territorio. Es así que para conocer, por ejemplo, el estado social de la cultura extinguida de los indígenas de los valles de Aragua y Caracas, Gaspar Marcano se valió de los objetos dejados por estos indígenas, los petroglifos, los restos óseos y los textos de Indias (Marcano G., 1971a).

La amplia extensión territorial estudiada por Vicente Marcano y las monografías escritas por su hermano Gaspar, nos hace pensar que el interés de estos intelectuales era tener una visión general de la ocupación del territorio que diera cuenta de la diversidad de pueblos que existieron en la geografía venezolana antes de la conquista europea.

No dejó Gaspar Marcano de emitir opiniones sobre los temas arqueológicos del momento que se centraban en la discusión sobre los petroglifos, las placas aladas, la descripción cerámica y los análisis de la capacidad craneana. Con respecto a los petroglifos Gaspar Marcano nos planteaba que para finales del siglo XIX su estudio sólo se había hecho con base en la comparación y que a menudo por sus semejanzas se había querido deducir sus significados (Marcano G. 1971a). De igual forma, se planteó una discusión interesante para la época relacionada con la cronología vinculada con el trazado de las pictografías que existían en el territorio venezolano:

Es igualmente imposible decir con rigurosa exactitud, si han sido trazados por las tribus que los españoles sometieron o por los pueblos más antiguos(...) Como la cronología antropológica de Venezuela no ha hecho

ningún progreso(...), no hay otro medio para juzgar la materia como no sea para comparar esos símbolos con los otros pueblos americanos. Desafortunadamente, el estudio de la pictografía está aún en el Nuevo Mundo en el período descriptivo (Marcano G., 1971a:107).

Desde esta perspectiva se inicia una discusión de orden metodológico en los estudios de los petroglifos, en la que participó Gaspar Marcano, quien planteaba que era necesario conocer “la vida íntima de la tribu” para comprender su significado, por consiguiente, según Gaspar Marcano, era indispensable tener claro que por medio de los petroglifos por sí solos no vamos a conocer las características de los pueblos extinguidos (Marcano G., 1971a:243). En tal sentido, cuando se pretende estudiar las representaciones rupestres no se debe:

... buscar una llave hermenéutica para interpretar los jeroglíficos americanos, sino estudiar cada sistema en particular. En consecuencia, debemos renunciar a esas comparaciones y a esas generalizaciones a las cuales los etnólogos son tan aficionados antes de hacer un estudio analítico basado en numerosos documentos (Marcano G., 1971a: 231).

Aunque Gaspar Marcano no se preocupó por establecer cronologías de ocupación de los pueblos precolombinos, en algunos pasajes de su obra asomó los problemas del poblamiento temprano de los territorios que hoy forman parte de Venezuela. En este sentido, Marcano postuló de manera visionaria lo que sería el punto de partida de la llamada teoría de “H” (Osgood y Howard, 1943), impuesta en Venezuela a partir de la década de los años treinta del siglo xx con la arqueología del “buen vecino”. Decía Marcano que:

La definición de pueblos diferentes, en los dos extremos del territorio, y bajo la misma longitud, no deja entrever la posibilidad de reconstruir las razas indias que lo han habitado. Este estudio, será tanto más fácil de seguir cuanto que allí no puede haber la cuestión de tipos primitivos. Aunque la época cuaternaria sea allí totalmente desconocida, la geología actual del suelo y lo que conocemos de los precolombinos, son suficientes para hacernos presentir que la población no era autóctona (Marcano, 1971a: 254-255).

Parece que en los conflictos de las naciones medio civilizadas que la rodeaban, Venezuela ha sido como la hostería de los viajeros maltrechos, el refugio de su miseria, y que, en esa mezcla, se trata sobre todo de discernir el valor tradicional del conjunto. Los más inteligentes se establecieron en la cordillera y en los valles septentrionales que, además de la constante benignidad del clima, reunían la riqueza de la tierra. Las áridas y calurosas regiones meridionales se prestan más a la vida nómada y errante de los pueblos más primitivos que llegaron allí naturalmente (Marcano, 1971a:255).

Fuertemente influenciado por las ideas de la evolución cultural muy en boga en la Europa que le tocó vivir (Vargas, 1976), Gaspar Marcano planteaba en sus interpretaciones sobre los indígenas de Aragua y Caracas que:

El arte de la alfarería había llegado a tener entre los indios de Aragua un desarrollo relativamente considerable. La diversidad de las formas de alfarería, la variedad y el gusto de ornamentación no nos permiten considerarlo como un pueblo desprovisto de toda tradición, estilo y cultura(...) es sorprendente ver que en todos los pueblos que en el continente americano comenzaban a salir del estado primitivo, por imperfecta que fuera su civilización, la cerámica había llegado a su apogeo... (Marcano, 1971a:81).

Las investigaciones arqueológicas de campo realizadas por Vicente Marcano y los trabajos de análisis e interpretación realizados por su hermano Gaspar, abrían la posibilidad para finales del siglo XIX de conocer la historia aborigen venezolana desde una perspectiva distinta a la que tradicionalmente se tenía para ese entonces; sin embargo, es importante acotar que la obra antropológica de los hermanos Marcano no impactó lo suficiente en el país debido a que fue publicada en Francia y no tuvo en Venezuela una divulgación que trascendiera más allá de la pequeña élite intelectual venezolana.

Para el momento histórico que estamos tratando, no podemos dejar de mencionar a Alfredo Jahn que también formó parte del grupo de venezolanos que se preocupó por la arqueología y la antropología venezolana desde muy temprano, tal como lo demuestran las descripciones sobre petroglifos y piedras artificialmente ahuecadas de Venezuela y la noticia de la exploración y excavación que realizó como comisionado del Museo

Etnológico de Berlín hacia el año de 1903 en los sitios de La Mata y el sitio de Camburito en la cuenca del Lago de Valencia (Ernst, 1987; Jahn, 1932).

En este contexto del debate sobre la importancia de los datos empíricos para el fortalecimiento de las investigaciones arqueológicas, Elías Toro introdujo hacia el año de 1906 una discusión importante sobre la cuestión de la recuperación de los datos en la investigación arqueológica, que a juzgar por las publicaciones arqueológicas realizadas en fechas posteriores por otros investigadores venezolanos, no tuvo mucho eco.

Aunque Toro no realizó ninguna excavación arqueológica, expuso en sus clases de antropología impartidas en la Universidad de Caracas la importancia de la estratigrafía en la indagación arqueológica. Planteaba Toro que era:

Difícil, si no imposible, es apreciar debidamente los datos que la arqueología y la paleontología nos suministran en lo relativo al hombre prehistórico, sin tener algún conocimiento sobre la constitución, forma y orden dispositivo de las diversas capas geológicas de donde se han exhumado los primeros documentos paleoarqueológicos... (Toro, 1906:25).

Si no se tomaban en cuenta los estratos geológicos en las investigaciones arqueológicas, para Toro:

...el estudio de esta materia se limitará a una exposición simple de lo conocido y aceptado, sin que estemos suficientemente preparados para realizar cualquiera experiencia personal, observaciones o estudios; máxime en nuestro vasto suelo, virgen de toda investigación, todavía intocado por la piqueta del arqueólogo, en lo que a prehistoria americana se refiere (Toro, 1906:25).

De esta manera Elías Toro en su tratado de Antropología general y de Venezuela precolombina, exponía desde el punto de vista teórico a comienzos del siglo xx los postulados y avances impulsados por Boucher de Perthes y Charles Lyell, considerados por la historiografía arqueológica como los pioneros de la arqueología científica europea (Daniel, 1987; Trigger, 1992).

Para ese momento los estudios arqueológicos de Adolfo Ernst, y las excavaciones arqueológicas realizadas por Alfredo Jahn en la cuenca

del Lago de Valencia no habían tomado en cuenta la estratigrafía de los contextos arqueológicos venezolanos, inclusive esta situación se repitió en fecha posterior, hacia la segunda década del siglo xx, con los trabajos arqueológicos de campo realizados por Luis Oramas en la cuenca del Lago de Valencia y en los montículos y calzadas de los llanos venezolanos (Oramas, 1917). Una excepción, las investigaciones arqueológicas de campo con sus respectivas interpretaciones realizadas por los hermanos Vicente y Gaspar Marcano que aunque no publican los perfiles estratigráficos de las excavaciones de los montículos en la cuenca del Lago de Valencia a finales del siglo xix, evidencian, tal como lo comentamos en líneas anteriores, que sí tomaron en cuenta la estratigrafía de los sondeos para describir el contexto arqueológico excavado.

Indudablemente que la despreocupación por los principios cronológicos en las investigaciones arqueológicas realizadas por los precursores de la arqueología venezolana, tenía su correspondencia, por un lado, con la política cohesionadora, desde el punto de vista político-territorial del Estado, impulsada desde la época de Guzmán Blanco hasta Gómez, de ahí que se imponía la necesidad primaria de establecer modelos que dieran cuenta de las afinidades raciales de los grupos que poblaron el territorio venezolano en la época precolombina y, por el otro, la concepción teórica evolucionista que presumía que para los estadios evolutivos anteriores a la civilización, las variaciones culturales de todos los pueblos del mundo habían sido mínimas.

Este último razonamiento que hemos expuesto, también lo encontramos en las reflexiones hechas por el propio Elías Toro en un texto escrito por él un año antes de sus consideraciones sobre la importancia de los estratos geológicos en la investigación arqueológica. Toro concebía para ese entonces que:

El desarrollo de la humanidad ha sido el mismo en todos los sitios de la tierra; de modo que cualquiera que sea la comarca en que se le considere, el hombre ha pasado por etapas idénticas en su evolución para llegar al estado actual (Toro, 1961:489).

Desde la cátedra de antropología que regentaba en la Universidad Central en Caracas, Elías Toro difundía entre sus alumnos las concepciones evolucionistas de la cultura que le suministraba la naciente ciencia antropológica, amparado en esta concepción teórica indicaba que:

Uno de los fenómenos más interesante del descubrimiento de América fue el que presentó al conquistador ibero el homo americano, en todas las etapas o períodos de su civilización; desde el hombre en plena edad neolítica, troglodita, nómada, salvaje en una palabra, hasta los estados de mayor cultura, con imperios florecientes, gobiernos legítimamente constituidos, monarquías seculares y hereditarias, todo ello de una manera contemporánea... (Toro, 1906:132).

En el ámbito de la descripción de las evidencias arqueológicas, los petroglifos y la cerámica o alfarería, eran para Elías Toro los únicos vestigios que nos legaron los indígenas precolombinos. Los primeros, según Toro, no podían ser considerados todos como de origen precolombinos y eran, coincidiendo en este aspecto con Gaspar Marcano, indescifrables sin el conocimiento previo de las “tribus” que las realizaron; la segunda, es decir la alfarería, constituía la manifestación más extendida de la “industria” y las “artes” de los pueblos que ocuparon los territorios de la República (Toro, 1906).

A comienzos de la segunda década del siglo xx, Luis Oramas realizó un conjunto de investigaciones arqueológicas de campo en la geografía venezolana, Oramas exploró los sitios de Camburito, La Cuarta, La Quinta, La Mata y La Huérfana, ubicados entre las poblaciones de Santa Cruz y Magdalena en la cuenca del Lago de Valencia, y las calzadas y montículos de los llanos de Portuguesa y Barinas (Oramas, 1917); además, exploró los límites de los estados Mirada y Aragua, más específicamente en las comunidades de San Casimiro y San Sebastián (Oramas, 1917).

De las investigaciones arqueológicas realizadas por Oramas en la cuenca del Lago de Valencia hacia el año de 1914, nos informa:

Escudriñar los cerritos era el tema principal de nuestras investigaciones y para estudiarlos elegimos aquellos que no presentaban indicios de exhumaciones. Empezábamos a excavar la base de la elevación en sentido transversal y aparecían a menudo objetos de adorno(...) además de piedra (...) útiles industriales, ídolos de barro cocido(...) en esas colinas al continuar la excavación hacia el centro, a una profundidad de cincuenta centímetros encontramos sarcófagos... (Oramas, 1917: 2).

No todos los cerritos contienen objetos y osamentas reunidos, pues suelen encontrarse túmulos con huesos solamente, sin objetos de adornos(...) por

lo cual los actuales moradores de aquellos lugares dicen que existen “cerritos de indios pobres” y de “indios ricos”... (Oramas, 1917:2).

Sobre las calzadas y colinas indígenas de los llanos de Portuguesa y Zamora, Oramas también practicó excavaciones. Decía en su descripción de este tipo de contexto en los llanos venezolanos que:

Sumamente importantes son estas construcciones prehistóricas, que se hallan diseminadas en diferentes puntos de los llanos de los estados Portuguesa y Zamora(...) Estas calzadas suelen comunicarse con las colinas semejantes a las del valle de Aragua, aunque más elevadas y pendientes, hasta el extremo de ser algunas de ellas inaccesibles; guardan analogía con las que se conocen en los Estados Unidos con el nombre de Mounds-Builders (Oramas, 1917:3).

Sobre los montículos y calzadas de los llanos venezolanos, reportados por primera vez por Alejandro Humboldt (1985b), se abrió a comienzos del siglo xx, a partir de la publicación *Construcciones prehistóricas* realizada por Lisandro Alvarado en el año 1904, un amplio debate. Alvarado sostenía que dichas obras de ingeniería las habían realizado los Kaquetíos de Coro; sin embargo, el etnohistoriador merideño Julio César Salas sostenía que:

Al igual de Humboldt, creemos ser de antiquísimo origen los mound-bulding de los llanos de Venezuela, aunque juzgamos aventuradas su otra hipótesis: “... sus autores descendieron de las montañas de Trujillo y Mérida hacia las llanuras del río Apure...” Esta opinión la extrema el etnógrafo Febres Cordero, puesto que le asigna la construcción de esos monumentos de tierra a las tribus Canaguas y Aricaguas (indios Giros de Mérida). No encontramos tampoco basada la opinión del Doctor Lisandro Alvarado que atribuye dicho Mound a los Caquetíos, pues demasiados bárbaros me parecen tanto los Mucus como los Caquetíos para asignarle esa superior civilización(...)¿Serían los Achaguas descendientes de esos pueblos antiguos y civilizados, y por consiguiente autores de las calzadas y colinas artificiales de los llanos de Venezuela?(...) Existen muy poderosas razones para suponerlo... (Salas, 1918: 80-83).

A mediados de la segunda década del siglo xx, con los auspicios del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, Herbert Spinden

visitó a Venezuela con la finalidad de hacer un reconocimiento arqueológico de campo y estudiar los restos arqueológicos existentes en el país, para tratar de resolver algunos de los problemas fundamentales de la arqueología americana. No sabemos por cuánto tiempo estuvo Spinden en Venezuela, sin embargo, por su publicación sabemos que revisó colecciones privadas y que visitó Maracaibo, Bobures, Mérida, Trujillo, el Tocuyo, Barquisimeto, Valencia, Caracas, San Fernando de Apure, Ciudad Bolívar y Trinidad (Spinden, 1916).

Para Spinden, la posición intermedia de Venezuela entre los ricos y bien conocidos yacimientos de Colombia y Costa Rica, por un lado, y de la parte oriental de Brasil por la otra, podría suministrar pruebas respecto a las conexiones culturales del norte con el sur (Spinden, 1916).

Las investigaciones arqueológicas en la cuenca del Lago de Valencia, más específicamente en el estado Aragua, continuaron con el médico Rafael Requena, secretario privado de Juan Vicente Gómez, que realizó diversas excavaciones en la hacienda de La Mata que para la época pertenecía al dictador venezolano que usufructuaba el poder para ese entonces (Requena, 1932a y 1932b).

Sobre el trabajo arqueológico de Requena en la cuenca del Lago de Valencia, Wendell Bennett opinaba que debería: "...seguir dedicándole con la misma devoción(...), a la sombra y amplia protección que le presta el señor Presidente de la República General Juan Vicente Gómez. El respetable hombre de ciencia doctor Requena ha abierto el camino, y con su generoso espíritu ha invitado a que se discuta con toda libertad doctrinas e hipótesis por él formuladas..." (Bennett, 1932). Según el propio Requena, refiriéndose a Juan Vicente Gómez, "...A nadie le puede sorprender que el formidable constructor de la Venezuela moderna, sea también un apasionado admirador de la Venezuela prehistórica (...) tratándose de estudios que pudieran dar alguna luz sobre nuestra prehistoria ¿quién mejor que él para servirme de mecenas en las investigaciones arqueológicas?..." (Requena, 1932a).

Las excavaciones practicadas por Requena junto a Marius del Castillo, José Eusebio Gómez y su hijo Antonio Requena en La Mata y la península de la Cabrera, le permitió obtener un número importante de evidencias arqueológicas entre urnas, figurinas cerámicas, restos óseos e instrumentos líticos, entre otros, que le permitieron postular que en la cuenca del Lago de Tacarigua, como también se le conoció al Lago de Valencia, se encontraba la antigua Atlántida (Requena, 1932a).



Excavación de Requena en Los Cerritos, estado Carabobo.
Fuente: Rafael Requena, 1932a

Capítulo III

La arqueología del buen vecino

Entre 1920 y 1935, Venezuela pasa de ser un país agroexportador a un país exportador de petróleo, situación que paradójicamente indujo a la acentuación de dependencia colonial de los Estados Unidos gracias al control de la explotación y comercialización petrolífera por empresas estadounidenses. La actividad petrolera desarrollada en Venezuela por compañías estadounidenses como la Lago Petroleum Corporation filial de la Standard Oil Company,⁷ le habían permitido a Venezuela obtener dividendos con los que pudo sortear la crisis económica producida por la caída de los precios agrícolas a nivel mundial y, en consecuencia, tener un auge económico sin precedente que le permitió pagar la deuda externa y construir la gran carretera de Los Andes (Rodríguez, 1983). Pero la explotación petrolera en el territorio venezolano no solamente contribuyó a mejorar las cuentas fiscales para construir obras de infraestructura en la Venezuela de ese entonces, también contribuyó indirectamente con el inicio del sometimiento epistemológico del quehacer arqueológico venezolano al paradigma arqueológico estadounidense.

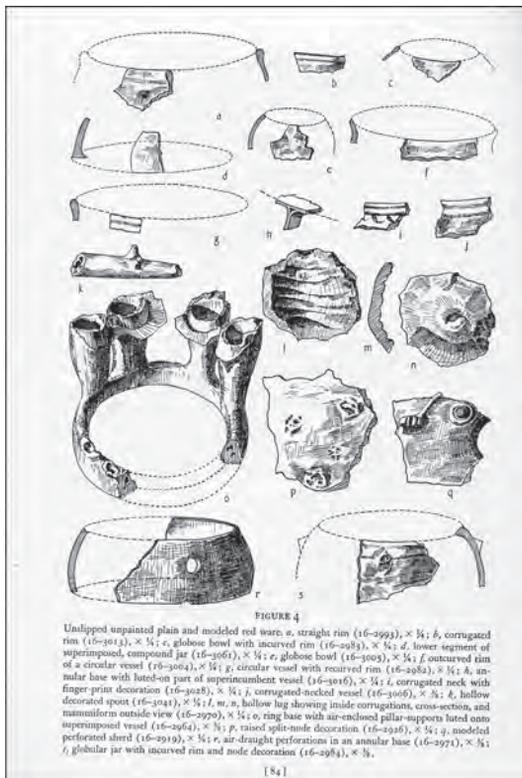
Un ejemplo de los tantos que podemos citar de la relación del petróleo con la arqueología en Venezuela, lo encontramos en los trabajos publicados

7 Es importante tener en cuenta a la Standard Oil Company debido a que pertenecía a John Rockefeller, abuelo de Nelson Rockefeller, hombre muy ligado a la arqueología latinoamericana. De la Standard Oil se derivarían posteriormente las compañías petroleras Exxon y Chevron.

por la arqueóloga Gladys Ayer Nomland sobre los sitios Hato Viejo, El Mamón y La Maravilla en el estado Falcón. Parte del material arqueológico analizado por Nomland en sus trabajos fue descubierto por el H. F. Stanton que se desempeñaba como médico en el campo de una reconocida compañía petrolera establecida en Urumaco y que, en concordancia con J. O. Nomland, que realizaba para ese entonces investigaciones geológicas para dicha compañía, decidieron invitar a la arqueóloga estadounidense al estado Falcón para realizar sus trabajos de campo (Nomland, 1935).



H. F. Stanton en el sitio de Hato Viejo, estado Falcón.
Fuente: Gladys Nomland, 1933.



Formas de vasijas reconstruidas por Gladys Nomland a partir de fragmentos
cerámicos del estado Falcón.

Fuente: Gladys Nomland, 1935.

Como materia prima, el petróleo venezolano era de suma importancia para el éxito de las políticas del New Deal y del buen vecino diseñadas en el período presidencial de Franklin Delano Roosevelt. Como es bien sabido que a partir del famoso “Crack del 29”, producido en la bolsa de valores de Nueva York, devino la mayor crisis que el capitalismo mundial haya conocido en la historia. Los Estados Unidos de América atravesaba una profunda crisis económica y social que llevó a Roosevelt, con el fin de superar dicha crisis, a promover un plan político, económico y social que buscaba fomentar la producción de bienes y las exportaciones de productos estadounidenses —la política del New Deal— y desarrollar una

política exterior —la política del buen vecino— que le permitiera colocar sus productos en los países vecinos y obtener las materias primas necesarias para dinamizar su economía.⁸

Indudablemente que la política de “buena vecindad” no fue un producto exclusivo del presidente Roosevelt, este proyecto fue ensamblado por un equipo de asesores que representaban a grandes compañías estadounidenses, golpeadas por la recesión económica vivida en Los Estados Unidos para ese entonces. Nelson Rockefeller nombre muy ligado a la antropología y la arqueología latinoamericana, resalta entre los empresarios e ideólogos de la política de “buena vecindad” (Meneses, 1991 y 1992).

Los estadounidenses le dieron importancia al conocimiento de las realidades histórico-culturales de nuestros países, para así garantizar la efectividad de sus planes. En este sentido el Congreso estadounidense:

...echó las bases en 1936, cuando creó la División de Relaciones Culturales para promover el panamericanismo y promover los intereses de los Estados Unidos en América Latina y asignó fondos para la política del buen vecino. Nelson Rockefeller, quien comprendía como pocos a América Latina(...), fue nombrado coordinador de Asuntos Interamericanos en 1938. Su oficina asignó fondos a investigaciones arqueológicas que fueron organizadas y administradas por el Instituto de Investigación Andina... (Patherson, 1981:65).

Para el año de 1941, La Sociedad para la Ciencia y la Opinión Pública de Los Estados Unidos de América en su revista *Science News Letter*, anunciaba que el Consejo Nacional de Defensa de este país financiaba al Instituto de Investigaciones Andinas por un monto cercano a los 100.000 dólares para que realizará diez expediciones arqueológicas en América

8 En el contexto de la política del New Deal aplicada por los Estados Unidos de América para salir de la crisis económica relacionada con la Gran Depresión de 1929, las investigaciones arqueológicas aportaron a lo interno de este país su grano de arena para la disminución del desempleo que era una de las plagas que azotaba la economía de ese país. Por ejemplo, para el año de 1933, la Autoridad Única del Valle de Tennessee, promovió la contratación de arqueólogos/as, por intermedio del Smithsonian Institución, para realizar investigaciones arqueológicas en donde se realizarían la construcción de presas para el control de inundaciones y el uso adecuado de las tierras del valle para el desarrollo agrícola e industrial del mismo. Esta medida trajo como consecuencia el aumento repentino de la demanda de formación de arqueólogos/as, superando la oferta y la capacidad de las universidades estadounidense para egresar profesionales de las ciencias arqueológicas (Patterson, 1999).

Latina, entre las que se encontraban las coordinadas por Cornelius Osgood, en Venezuela. Los arqueólogos que formaban parte de dichas expediciones buscarían obtener información acerca de: "...la calle antigua de América del panamericanismo..." (Society for Science & The Public, 1941: 67).

De esta manera Nelson Rockefeller, accionista de la Standard Oil Company, financió las investigaciones arqueológicas adelantadas por Alfred Kidder II entre los años 1933 y 1934 en la cuenca del Lago de Valencia (Kidder II, 1944), y promovió por medio del Instituto de Investigaciones Andinas, financiando en su gestión como coordinador de Asuntos Interamericano del Departamento de Estado, el survey arqueológico de Venezuela realizado por Cornelius Osgood y George Howard entre los años de 1941 y 1942 (Osgood y Howard, 1943) y las excavaciones de George Howard en Ronquín en el año de 1941 (Howard, 1943). De igual manera, el Departamento de Estado, la Unión Panamericana, la United Fruit Company y la Venezuela Oil Company apoyaron y promovieron las investigaciones de Vincenzo Petruccio entre los años de 1933 y 1934 en los Llanos de Apure (Petruccio, 1969).

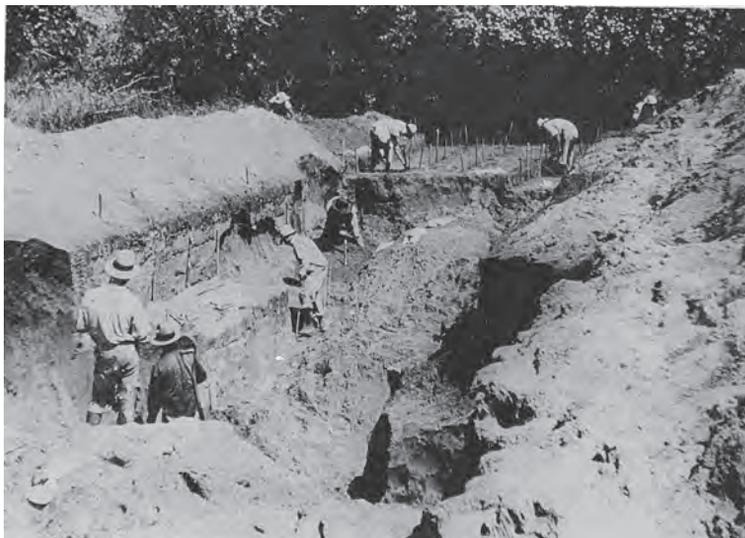


Cerámica y restos óseos de la excavación del sitio Los Tamarindos,
Península de La Cabrera, estado Carabobo.
Fuente: Alfred Kidder II, 1944.

Para algunos/as colegas nuestros que han historiado el quehacer arqueológico en Venezuela, es precisamente con los trabajos hechos por Bennett (1937), Kidder II (1944) y Osgood y Howard (1943), que se inicia la arqueología académica y/o científica en el territorio venezolano (Molina, 1990; Gassón y Wagner, 1998), posición sostenida también por Bennett hacia el año de 1932 cuando le comentaba al Diario *La Esfera*, editado en Caracas, que: "Yo vine decidido a permanecer una sola semana y me quedé un mes corrido(...) La arqueología venezolana acaba de nacer..." (Bennett, 1932); sin

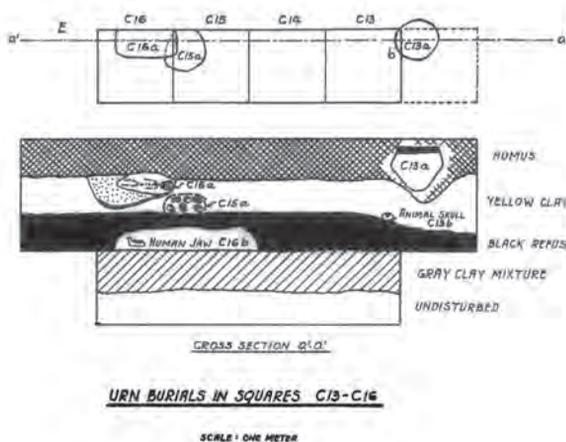
embargo, tal como lo hemos planteado anteriormente, consideramos que la ciencia arqueológica venezolana tiene sus orígenes en las investigaciones que adelantaron diversos intelectuales venezolanos a finales del siglo XIX.

Wendel Bennett (1937), Alfred Kidder II (1944), Vincenzo Petruccio (1939) y Cornelius Osgood y George Howard (1943), vinieron a nuestro país para hacer arqueología y darle respuesta desde su perspectiva a los procesos histórico-culturales de nuestros pueblos. Muchos de ellos, y así lo confirman en los prólogos de sus obras, fueron invitados inicialmente por el Dr. Requena, quien se desempeñaba como secretario privado de Juan Vicente Gómez y luego por el respaldo dado por el presidente Isaías Medina Angarita quien apoyó con sagacidad la “cooperación” interamericana. Pero, si revisamos detalladamente, apreciaremos que Requena y Medina formalizaron las estadías de estos científicos sociales en nuestro país. Estos investigadores vienen a Venezuela, como muchos otros fueron a otros países latinoamericanos, a cumplir una misión que tenía correspondencia con el desarrollo de la política del “buen vecino” en el contexto de la importancia estratégica dada a nuestro país como proveedor de petróleo por la administración estadounidense de ese entonces.



Excavación del sitio Ronquín, estado Guárico.
Fuente: George Howard, 1943.

En este contexto, la arqueología hecha por Bennett, Kidder II, Osgood y Howard aplicó por primera vez de manera sostenida en nuestro país el uso de la estratigrafía métrica y pautas formales para la presentación de los informes resultantes de las investigaciones arqueológicas, que permitieron darle cierta “rigurosidad científica” a las excavaciones realizadas por ellos. De igual forma, implantaron como objeto de estudio de la arqueología la concepción estadounidense de la cultura asociada, por razones geopolíticas relacionadas con los intereses de los Estados Unidos en América, con las teorías difusionistas, trayendo como consecuencia inmediata la reconversión de la línea de investigación arqueológica impulsada por los pioneros venezolanos, que planteaban la investigación arqueológica de campo para conocer nuestra historia patria. Es importante agregar aquí que ya para esta época, Vere Gordon Childe y Grahame Clark venían haciendo énfasis en la discusión arqueológica europea en el concepto de sociedad para el análisis de los contextos arqueológicos y la importancia de lo ecológico para su comprensión, esta discusión no tuvo ningún impacto en la arqueología que se desarrollaba en Venezuela por razones geopolíticas que promovían los arqueólogos estadounidenses en Venezuela e inclusive todo el continente americano (Sanoja, 2001; Vargas, 2001).



Perfil estratigráfico de la excavación de Bennett en La Mata, estado Aragua.

Fuente: Wendell Bennett, 1937.

Como consecuencia de la implantación de la política del “buen vecino”, los centros de investigación arqueológica estadounidenses, vieron la necesidad de tener una visión global de las culturas de la época “prehispánica” que les permitiera a los políticos estadounidenses justificar desde una perspectiva histórica el panamericanismo. Esta visión que asumía darle mayor cobertura en territorio al quehacer arqueológico, va a ir, desde el Suroeste de los Estados Unidos de América, pasando por Centroamérica y las Antillas, hasta Suramérica; describiendo bajo una apariencia neutral los restos arqueológicos. En esencia, lo que se ponía en juego era la búsqueda de un esquema que permitiera sustentar, desde el punto de vista político-ideológico, la política expansionista estadounidense hacia América Latina.

De esta manera, nace la famosa teoría de la “H”, planteada de manera más elaborada por Cornelius Osgood y George Howard en su obra *An archeological survey of Venezuela*, publicada por el departamento de Antropología de la Universidad de Yale. Según Osgood y Howard:

Venezuela es una región de gran importancia arqueológica, es una suerte de barra horizontal de una “H” entre las principales rutas de migración a lo largo de las costas de América y los cambios posteriores a lo largo de las partes este de Suramérica y las Antillas, es un país de influencias culturales entrelazadas... (Osgood y Howard, 1943:5).

Osgood y Howard, al igual que otros investigadores estadounidenses, asumían que el territorio venezolano llegó a ser el paso natural para las influencias culturales provenientes de Centroamérica y tránsito de las influencias culturales de Suramérica hacia las Antillas. La ubicación geográfica de Venezuela jugó un papel determinante a la hora de elaborar este modelo de explicación difusionista del desarrollo histórico-cultural de América.

Con la fachada del Instituto de Investigaciones Andinas, Osgood y Howard realizan el survey arqueológico de Venezuela, financiado por la Oficina de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado con la denominación de Proyecto Cinco, proyecto que permitió sistematizar en un solo volumen la mayoría de los sitios arqueológicos existentes en la Venezuela de ese entonces. Osgood y Howard describieron los materiales cerámicos y lo clasificaron en fases arqueológicas, obteniendo como

resultado un modelo de clasificación tentativo de la cultura “prehispanica” venezolana (Osgood y Howard, 1943).⁹



Excavaciones de Cornelius Osgood y George Howard en Cayaerúa, estado Falcón. Fuente: Cornelius Osgood y George Howard, 1943.

Las posiciones explicativas difusionistas también las podemos encontrar en la obra de Alfred Kidder II titulada *Archaeology of northwestern Venezuela*, publicada por la Universidad de Harvard en el año de 1944. La obra de Kidder II recoge los resultados de la revisión de colecciones arqueológicas privadas y de las excavaciones arqueológicas que practicó hacia los años de 1933 y 1934 en la cuenca del Lago de Valencia, más específicamente en la península de La Cabrera, estado Carabobo y Carache, estado Trujillo.

Según Kidder II:

Venezuela probablemente no sea un centro de origen de cultura mayor, parte de la evidencia apunta a la recepción de las ideas de otras áreas. Pero, al igual que Colombia, Venezuela tiene una gran importancia como centro

⁹ También George Howard realizó bajo el mismo patrocinio sus excavaciones arqueológicas en el sitio de Ronquín, estado Guárico (Howard, 1943)

de un pasillo y de los acontecimientos locales de considerable importancia en la prehistoria del norte de Suramérica, y en particular de las Antillas. En Venezuela los datos deberían aumentar nuestro conocimiento de la posible difusión de los rasgos centroamericanos, su influencia en el sur del continente y su reunión con las características desarrollado en el país en movimiento al norte y al oeste (Kidder II, 1944:3).

De la misma forma asoma a manera de conclusión que:

...la cultura venezolana conocida en pequeña perspectiva histórica, parece haber resultado de la fusión de muchos elementos occidentales, posiblemente centroamericanos, muchos de los cuales parecen haber pasado hacia el Este y el Sur de Venezuela propiamente(...) Esta es una situación que uno puede predecir razonablemente sobre fundamentos geográficos, pero los factores de tiempo, adaptación local y cambio se combinan para hacer de ellas una situación muy compleja (Kidder II, 1944:169).



Fotografías de entierros secundarios y primarios en el sitio Los Tamarindos, Península de la Cabrera, Lago de Valencia, estado Carabobo.

Fuente: Berry, 1939.

Hacia la década de los cuarenta del siglo xx, el gobierno venezolano del general Isaías Medina Angarita apoyaba plenamente la ejecución de la política del buen vecino por parte del Departamento de Estado y las empresas petroleras estadounidenses asentadas en Venezuela, tal como se desprende del prólogo de la obra de Osgood y Howard (1943). Según Osgood y Howard era importante rendirle tributo a la política de cooperación interamericana, que se sintetizaba en el “panamericanismo arqueológico”, apoyada con sagacidad por el presidente de la República, general Isaías Medina Angarita (Osgood y Howard, 1943: 6).

Tal como lo hemos planteado en líneas anteriores, la explotación petrolera de mano de las empresas estadounidenses contribuyó al sometimiento teórico del quehacer arqueológico venezolano al paradigma arqueológico estadounidense. Es importante recordar aquí, que precisamente a finales del siglo xix y comienzos del siglo xx la investigación arqueológica y antropológica que se realizaba en el territorio venezolano estaba fuertemente influenciada por los planteamientos teóricos europeos, esencialmente por los provenientes de Francia y Alemania, tal como se evidencian en los postulados de Adolfo Ernst, Gaspar Marcano y Alfredo Jahn que hemos esbozados en líneas anteriores.

La influencia teórica europea iba acompañada indudablemente del control que tenían Inglaterra, Francia y Alemania del comercio y la explotación de empresas de servicios como la telefonía y los ferrocarriles, situación que empezó a cambiar a raíz de la crisis comercial y fiscal que sufrió nuestro país entre los años de 1902 y 1903 a raíz del bloqueo militar de nuestros puertos por los viejos imperios europeos: Alemania, Inglaterra, Francia e Italia y por el desarrollo de una política estadounidense dirigida a tomar el control político y económico de nuestro comercio, nuestras riquezas petrolíferas y minerales. Ya para 1903, Estados Unidos había desplazado del primer lugar a Inglaterra en las importaciones venezolanas y había mandado a Alemania al tercer lugar y cuarto lugar a Francia (Sanoja, 1980).

Dicho esto es importante precisar que en este período los franceses también realizaron investigaciones arqueológicas en Venezuela, tal como lo demuestra el trabajo sobre las sepulturas de la rivera del Arauca y del Orinoco realizado, a comienzos del siglo xx, por Rene Verneau (Verneau, 1901) y la contribución a la arqueología de los Andes venezolanos realizada por Jean Vellard a mediados de los años treinta del siglo xx (Vellard, 1938).

El caso de Vellard merece prestarle atención en el marco del análisis que venimos realizando, debido a que su estancia en Venezuela se realizó en el marco de una misión científica francesa organizada por la embajada de Francia en Caracas, que además de realizar investigaciones etnográficas, arqueológicas, antropológicas y lingüísticas de la cordillera de Mérida, tenía como finalidad también efectuar propaganda y acercamiento con los intelectuales venezolanos en el campo de la salud pública y las ciencias naturales y biológicas, afectos a Francia y que respondieran a las intenciones del embajador francés en Venezuela para ese entonces. Según Vellard el embajador francés le solicitó que la misión científica mantuviera relación con las principales personalidades científicas de Caracas, especialmente con aquellas que mostraran simpatía con Francia (Vellard, 1936).

A pesar de este intento de la embajada de Francia en Caracas por mantener la influencia francesa en las ciencias venezolanas, la actuación estadounidense termina imponiéndose, a tal punto que hasta los militares de los Estados Unidos de América que se encontraban “asesorando” al gobierno nacional, también hacían arqueología, tal como lo demuestran las excavaciones arqueológicas realizadas en el año de 1948 en la población de Obispos, estado Barinas (Lewis, 1949).¹⁰ El mayor V. C. Simona, el sargento maestro Ralph Alcocer y el teniente coronel B. R. Lewis, miembros de la misión militar estadounidense en Obispo, estado Barinas, realizaron excavaciones arqueológicas en el río Santo Domingo, al oeste de la población de Obispo, donde obtuvieron restos cerámicos y restos óseos pertenecientes a un entierro (Lewis, 1949).

10 La “excavación” arqueológica realizada por el teniente coronel Lewis fue publicada en la *Memoria de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle* en el año de 1949. El trabajo publicado cuenta con una nota de la redacción que dice: “El Tte. Cnl. B. R. Lewis, de Minnesota, U. S. A, terminó los estudios de ingeniería en la Universidad de Minnesota, dedicándose después a la carrera militar, siendo desde hace algo más de un año Asesor Técnico en Armamento del Ministerio de la Defensa Nacional. Durante sus viajes por los principales países de América —Argentina, México, etc.— hizo estudios de arqueología, siempre en relación con la Sociedad de Arqueología de Minnesota, del cual es miembro. En Venezuela ha trabajado activamente, haciendo excavaciones en distintas regiones del país para tomar contacto con varias culturas prehispanicas de esta encrucijada étnica que es Venezuela” (Lewis, 1949: 35).

De la arqueología en Venezuela y de las colecciones arqueológicas venezolanas

SOCIÉTÉ DES AMÉRICANISTES, 1938.

PLANCHE II.



Piezas arqueológicas de los estados Mérida y Trujillo analizadas por Jean Vellard.
Fuente: Vellard, 1938.

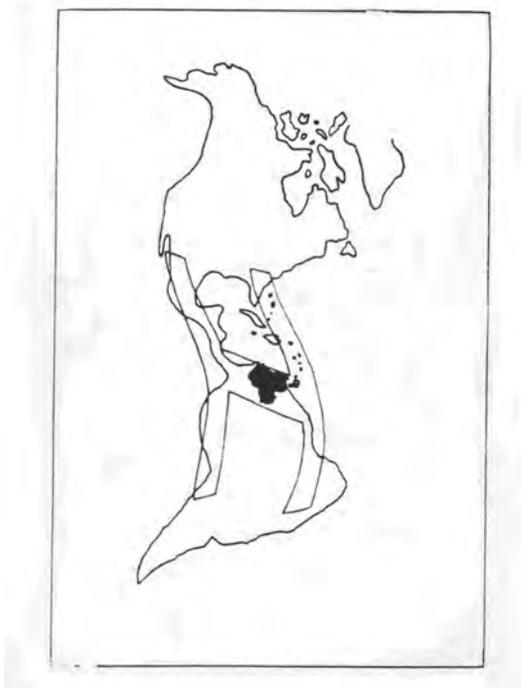
En este período se empiezan a concretar en Venezuela y en el resto de América Latina, un conjunto de estructuras políticas-administrativas que eran producto de la implementación por parte del gobierno estadounidense de la política de buena vecindad. Es así como nacen en Venezuela, entre los años de 1941 y 1943, con los auspicios de Nelson Rockefeller, Margot Boulton de Bottome, Elisa Elvira Zuloaga e Yvonne de Klemperer, el Centro de Información Cultural Venezolano Americano que fue concebido como

una organización no gubernamental para el intercambio cultural y educativo entre los Estados Unidos de América y Venezuela, y el llamado Grupo de Caracas de La Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía (Vessuri, 1996 y Ocanto, 2006). A nivel hemisférico se crean: la Organización de Estados Americanos (OEA), fundada en el año de 1948 en Bogotá y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, el tristemente célebre TIAR, pactado por los países del continente en el año de 1947 en Brasil.

El Grupo de Caracas de la Sociedad Interamericana de Geografía e Historia, fundado en 1943 en una reunión realizada en el Museo de Ciencias Naturales de Caracas, dirigido por Walter Dupouy, va a jugar un papel importante en las investigaciones arqueológicas que se realizaron en Venezuela en la década de los cuarenta. Dupouy apoyó desde el Museo de Ciencias Naturales de Caracas el survey arqueológico realizado por Osgood y Howard en el territorio venezolano (1943), promovió académicamente en Venezuela la teoría de la “H” propuesta por la arqueología del buen vecino (Dupouy, 1952) y en alianza con Antonio Requena –hijo de Rafael Requena– y José María Cruxent, realizó investigaciones arqueológicas de campo en el territorio venezolano, entre las que podemos mencionar las del Río Memo en el estado Guárico (Dupouy, Requena y Cruxent, 1948).

De todos estos intelectuales de la época sobresale la figura de J. M. Cruxent, quien en la década de los cuarenta del siglo xx publicó un gran número de artículos sobre sitios arqueológicos y descripciones formales de piezas líticas y cerámicas, y en las década de los cincuenta y sesenta va a jugar un rol protagónico en la arqueología venezolana desde la dirección del Museo de Ciencias y luego como profesor fundador de la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela.

De la arqueología en Venezuela y de las colecciones arqueológicas venezolanas



La teoría de La "H".
Fuente: Walter Dupouy, 1952.

Capítulo IV

El nuevo ideal de la arqueología

La década que va desde 1948 a 1958 se convierte en una época en la cual se consolida de una manera clara la estructura capitalista en Venezuela. En términos generales, podemos señalar que este decenio se puede describir como una dictadura militar que introduce importantes cambios en la economía nacional que repercutieron en una diferenciación clara en la estructura social del país (Castillo, 1985). En este período histórico se ponen de manifiesto, por lo menos, dos formas de hacer arqueología y antropología en Venezuela que definitivamente van a impactar el quehacer arqueológico venezolano hasta nuestros días.

Una primera manera de concebir la arqueología en ese entonces, tuvo sus orígenes en la arqueología del buen vecino, es decir, en los estudios hechos en el país por Osgood y Howard (1943). Esta tendencia que se impuso en la arqueología venezolana, la encabezaron José María Cruxent e Irving Rouse, estos arqueólogos se identificaron con la concepción boasiana de la antropología donde la arqueología forma parte de la misma, en consecuencia comparten un mismo objeto de estudio: la cultura (Meneses, 1991).

José María Cruxent inició sus trabajos arqueológicos en Venezuela para el año 1942 y fue, entre 1944 y 1962, director y conservador de arqueología del Museo de Ciencias Naturales de Caracas. Este estudioso publicó a partir de 1942 una pléyade de artículos descriptivos de restos y sitios arqueológicos venezolanos. Por su parte, Irving Rouse, como profesor

de la Universidad estadounidense de Yale, fue un continuador de la obra de Cornelius Osgood. Rouse estuvo en Venezuela en los años de 1946, 1950, 1955, 1956 y 1957; de su trabajo durante estas estadias cabe resaltar, por su contenido práctico, el trabajo realizado junto con Cruxent en la península de Araya en el año de 1950 donde participó también Acosta Saignes.



Excavación de un montículo de conchas en Cubagua, estado Nueva Esparta.
Fuente: Cruxent y Rouse, 1982.

Los diferentes trabajos realizados por Cruxent y Rouse en este período se sintetizan en la obra clásica de la arqueología venezolana titulada

Arqueología cronológica de Venezuela (1982). La participación de Rouse en estos trabajos trajo como consecuencia que dicha monografía se convirtiera en una extensión en el tiempo y en el espacio de los trabajos y propuestas de Osgood y Howard (1943). Según Cruxent y Rouse el objetivo de la arqueología cronológica de Venezuela era:

... ofrecer un resumen del estado presente de la arqueología venezolana, esto es, poner al día los trabajos de Osgood y Howard. Para ello presentamos no sólo los resultados de nuestras propias investigaciones sino también, en la medida en que no son conocidos, los hallazgos de los autores que nos precedieron en análogos estudios, aunque ilustramos las descripciones referentes a nuestros trabajos con detalle relativamente mayor (Cruxent y Rouse, 1982:15).

Quizás el aporte fundamental de la obra de Cruxent y Rouse fue que permitió, por un lado, establecer por primera vez en nuestro país una tabla cronológica para el desarrollo cultural de los pueblos “prehispánicos”, gracias al novedoso, para ese entonces, método de fechamiento del carbono catorce (C14);¹¹ y por el otro, esta obra reunió en un solo volumen la caracterización de los diferentes sitios arqueológicos existentes en la geografía venezolana para la época. La arqueología practicada por estos intelectuales ve en la cerámica un indicador por excelencia, sin embargo, esto es asumido de una manera unilateral. El estudio de los restos cerámicos es orientado únicamente hacia el estudio descriptivo y lo formal de su constitución, de allí que en su obra prevalezca la descripción formal y descontextualizada de los restos arqueológicos, en particular de los restos cerámicos. Sobre este aspecto señalan que:

Nuestra unidad clasificatoria básica es el estilo, palabra con la que designamos un conjunto de caracteres cerámicos aislados en un yacimiento típico o cabecero,... (Cruxent y Rouse, 1982:22).

11 Hay que recordar que el Carbono catorce (C14) como medio para la datación cronológica fue propuesto por Willard Libby a finales de los años cuarenta del siglo xx. Es a partir de los años sesenta que fue reconocido como medio para la datación cuando se le otorgó a Libby el Premio Nobel de la Química. (Meneses, 1991). Por cierto, en materia de obtención de cronologías en la arqueología, José María Cruxent colaboró con Gabriel Chuchani para fundar en los años sesenta del siglo xx en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC) el primer laboratorio radio-carbono (C14) de Latinoamérica que lamentablemente en la actualidad no existe (Roche, 1978).

A partir de la obra arqueológica de Cruxent y Rouse las interpretaciones arqueológicas en Venezuela empezaron a sustentarse en la cerámica arqueológica. De esta manera terminan definiendo, sobre la base de una supuesta ausencia de otras evidencias no cerámicas en los contextos excavados por ellos, que:

... Todo grupo social deberá poseer normalmente un estilo cerámico único durante un determinado periodo del tiempo, excepto en los periodos de transición entre estilos... (Cruxent y Rouse, 1982:23).

Esta posición asumida por Cruxent y Rouse, trajo como consecuencia inevitable el apuntalamiento de posiciones que se venían perfilando desde el advenimiento de la arqueología del buen vecino en Venezuela, que no veía en los estudios arqueológicos la posibilidad real de conocer la historia de los pueblos originarios que ocuparon los territorios que hoy forman parte de Venezuela. Los objetos arqueológicos se convirtieron en la razón de la arqueología (Sanoja y Vargas, 1990), la historia de los grupos étnicos que ocuparon los territorios venezolanos era un asunto de los/as historiadores/as y de los/as antropólogas/as sociales.

La segunda forma de asumir la cuestión arqueológica en Venezuela, fue encabezada por Miguel Acosta Saignes que había llegado de México graduado de antropólogo a finales de 1946. Sus actividades en el campo de la investigación arqueológica se realizaron a partir del año de 1949 con una serie de excavaciones en diferentes regiones del país, entre ellas La Pitía, en el estado Zulia y Río Chico, en el estado Miranda (Rodríguez, 1994).

Acosta Saignes hizo serios esfuerzos para abordar en el plano teórico y práctico el quehacer arqueológico venezolano desde una perspectiva distinta. En este orden, promovió por medio de su columna en el diario capitalino *El Nacional* una discusión que se contraponía públicamente, en lo filosófico y en lo práctico, a la arqueología hecha por Cruxent y Rouse. Para Acosta Saignes la antropología era una ciencia cuyo objeto se centraba en la búsqueda de las leyes que regían el desarrollo histórico y en la formulación de una filosofía de la cultura (Acosta Saignes, 1954, *El Universal*: 12-06).

Esta afirmación marca una diferencia radical con respecto a las posiciones asumidas por Cruxent y Rouse quienes veían en la cultura una categoría totalizadora de la realidad social que actuaba como vehículo de adaptación de los grupos humanos. Acosta, en cambio, dejaba explícito en

sus afirmaciones que la cultura es parte de una realidad más amplia que trascendía de ella y que está regida en última instancia por los procesos históricos impulsados por las comunidades. Decía Acosta Saignes que: "...no hay por un lado historia y por otro antropología simplemente, no puede haber historia sin antropología y antropología sin historia..." (Acosta Saignes, 1953), en consecuencia, por ejemplo, es imposible, según Acosta, entender ciertos fenómenos de la historia de América si no se conoce bien el mundo prehispánico (Acosta Saignes, 1953).

Todo este debate se desarrollaba en el marco de una dictadura militar, encabezada por el general Marcos Pérez Jiménez, sustentada en un proyecto político-ideológico conocido en la historia de nuestro país como el "nuevo ideal nacional", el cual constituyó la justificación teórica de la política llevada adelante por el régimen perezjimenista que respondía a la necesidad que tenía la oligarquía venezolana de aglutinar voluntades en aras de un supuesto proyecto común.

En el plano filosófico, este proyecto encarnó los conceptos propios del positivismo clásico. El "orden" como condición determinante para alcanzar el "progreso" de los pueblos, constituía el eje central de la concepción de desarrollo social plasmado en el "nuevo ideal nacional". Para conquistar este objetivo, los intelectuales orgánicos del régimen veían la necesidad de apoyarse en todos aquellos elementos culturales compartidos que permitieran, en una línea estratégica, diluir las contradicciones de clase existentes en nuestra sociedad y así lograr una conciliación de intereses que les permitiera encauzar sin mayores tropiezos los proyectos que favorecían en un mayor grado los intereses de la oligarquía (Meneses, 1991).

En este orden de ideas, el "nuevo ideal nacional" hilvanó un discurso ideológico sustentado en el empleo y exaltación de ciertos valores que actuaban como factores de cohesión social para lograr la unidad nacional en función de lograr una Venezuela "grande" y "próspera". De esta manera, se planteó como uno de los objetivos fundamentales el enriquecimiento del patrimonio espiritual de Venezuela mediante un plan ambicioso de educación popular, universitaria y la promoción de la dignificación de valores intelectuales, morales y folklóricos propios de nuestro país, planteamiento estratégico implementado por el gobierno dictatorial de Marcos Pérez Jiménez que favoreció el desarrollo de la arqueología y la antropología en Venezuela, tal como lo demuestran la cantidad de notas de

prensa relacionados con los hallazgos arqueológicos realizados en territorio venezolano para la época (Castillo, 1985; Meneses, 1991; 1992).

En este contexto, sociopolítico se fundó la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela, institución que adquirió una importancia trascendental para los estudios arqueológicos venezolanos debido a que instauró en el país, junto con el Instituto de Antropología e Historia de la UCV, fundado por Miguel Acosta Saignes (Rodríguez, 1994), dos posiciones teóricas prácticas bien definidas en el quehacer arqueológico venezolano y permitió, a finales de la década de los cincuenta del siglo xx, el egreso de los/as primeros/as arqueólogos/as formados/as como tales en el territorio venezolano (Meneses, 1992; 2001).

La universidad estadounidense de Wisconsin desempeñó un papel importante en la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología en el año de 1952. Producto de un convenio del “Consejo de la Reforma” de la UCV y la universidad estadounidense antes nombrada, se le encomendó, al sociólogo George Hill la tarea de reorganizar los estudios de sociología y antropología en Venezuela. En este sentido:

El doctor George Hill (...) (estuvo) como coordinador del Departamento de Sociología y Antropología de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, por invitación del ciudadano Presidente Coronel Marcos Pérez Jiménez, encomendándole la organización y coordinación del plan de estudio de ese Departamento... (*El Universal*: 24-09-54).

El objetivo fundamental del Departamento, según el propio Hill era:

...proporcionar a Venezuela un cuerpo de investigadores llamados no sólo a desempeñar los cargos académicos, sino también a ocupar cargos creados por el gobierno en su propósito constante de resolver problemas económicos y sociales, desde la incorporación pacífica de los indígenas a la vida nacional, hasta el mejoramiento de las relaciones obreras... (*El Universal*: 24-09-54).

La fundación de la primera Escuela de Sociología y Antropología del país tenía, a nuestra manera de ver, correspondencia clara con la importancia dada por los sectores oligárquicos venezolanos y los Estados

Unidos de América de cristalizar el “nuevo ideal nacional”, con el fin de acabar con las contradicciones de clases que eran enmascaradas con el supuesto ideal “nacional” para elevar a Venezuela al mismo nivel de las naciones desarrolladas del mundo. En este contexto sociohistórico, la antropología estadounidense reunía las condiciones para el éxito de dicho proyecto debido a su filiación a las teorías difusionistas, funcionalistas y al positivismo en general, y al énfasis que le daba –y se le da– a la enseñanza de técnicas operacionales para la recolección de “datos” (Meneses, 1991). Para Rodolfo Quintero, la contratación de antropólogos estadounidenses para la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología en la UCV, respondía a la necesidad de asegurar que dicha escuela se convirtiera en una fábrica de teorías para estabilizar y fortalecer el régimen dictatorial de Marcos Pérez Jiménez que favorecía los intereses políticos-económicos de los Estados Unidos en Venezuela, por esta razón, según Quintero, no se intentó, por ejemplo, la contratación de antropólogos/as europeos/as (Quintero, 1964).¹²

No podemos dejar de mencionar que para los años cincuenta del siglo xx, también realizan investigaciones arqueológicas en el territorio venezolano Helmuht Fusch y el hermano Basilio, investigadores que se encontraban adscritos a la Sociedad La Salle de Ciencias Naturales de Caracas y al Centro La Salle de Barquisimeto, estado Lara (Basilio, 1959).

Con los/as primeros/as egresados/as de la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela, arranca un largo período del quehacer arqueológico venezolano que va a permitir, entre otras cosas, abrir nuevos espacios institucionales de investigación arqueológica en Venezuela y a consolidar dos maneras de asumir la investigación arqueológica: una que considera a la cultura como objeto de la arqueología; y la otra, que considera como objeto de estudio de la arqueología la historia.

12 Es importante puntualizar que ya para el año de 1949 existía en la UCV el Instituto de Antropología y Geografía en la Facultad de Humanidades y Educación de dicha universidad que posteriormente se le llamó en el año de 1954 Instituto de Antropología e Historia. Hoy en día el Instituto fundado por Acosta Saignes se llama Instituto de Geografía y Desarrollo Regional. De igual manera, de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV, se desprende en 1985 la Escuela de Antropología de la misma Universidad, por cierto es la única que forma antropólogos/as y arqueólogos/as en Venezuela.

Capítulo V

Los últimos 40 años

A finales de los años cincuenta y comienzos de la década los sesenta del siglo xx con la instauración de la democracia representativa adeco-copeyana en Venezuela, la arqueología que es realizada en el país sigue viviendo en términos generales de los influjos institucionales y prácticos que recibió por la puesta en marcha del nuevo ideal nacional. Podemos enumerar dos aspectos trascendentales del quehacer arqueológico venezolano que emerge de esta época y se prolonga por los últimos cuarenta años del siglo xx. El primero tiene que ver con que la investigación arqueológica en Venezuela la empiezan a desarrollar los primeros egresados/as de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV en los años sesenta y la formación por parte de ellos/as de una generación de arqueólogos/as venezolanos/as que empiezan a hacer arqueología en Venezuela; y, segundo, la fundación de instituciones y centros regionales de investigación arqueológica.

De las primeras investigaciones realizadas por los/as egresados/as de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV, algunas le dieron continuidad al modelo teórico implantado en Venezuela por los arqueólogos estadounidenses, agregándole condicionamientos ambientales para explicar la historia cultural de la llamada época prehispanica, profundizando de esta manera la tendencia que se gestó en Venezuela con la implementación de la arqueología del buen vecino en nuestro territorio. Otras investigaciones realizadas por los primeros/as egresados/as buscaron alternativas

interpretativas de los procesos históricos desarrollados por los pueblos que nos antecieron amparándose en la técnica de seriación como técnica para ordenar los datos con fines cronológicos (Vargas, 1986). La primera forma de abordar la investigación arqueológica que hemos mencionado la encontramos en Erika Wagner con los trabajos realizados por dicha investigadora, entre los años de 1963 y 1971, en Carache y Boconó, en el estado Trujillo y en Mucuchíes en el estado Mérida (Wagner, 1970; 1988 y 1972), y en Alberta Zucchi que realizó, entre los años de 1964 y 1968, investigaciones arqueológicas en los llanos venezolanos, más específicamente en el estado Barinas (Zucchi, 1968;1975); y la segunda posición, se encuentra representada por los trabajos realizados a partir de 1963 por Mario Sanoja e Iraida Vargas en la porción suroccidental del Lago de Maracaibo, la cordillera andina de Mérida, la península de la Guajira y el estado Lara (Sanoja, 1969; Sanoja y Vargas, 1967).



Excavación del sitio El Ranchón, Santa Elena de Arenales, estado Mérida.

Fuente: Mario Sanoja, 1969.

Las tendencias antes esbozadas van a copar los espacios académicos de investigación radicados en la región capital, a tal punto, que hacia la década

de los años ochenta en Venezuela existían dos organizaciones que agrupaban los/as arqueólogos/as del país. La primera, a comienzos de la década de los sesenta del siglo XX, va a establecer su centro de operaciones en el recién fundado Departamento de Antropología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC), organizado y dirigido por J. M. Cruxent y en la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV. La segunda tendencia, inició sus investigaciones de campo a comienzos de los años sesenta en la Universidad de Los Andes en el estado Mérida, para luego trasladarse a la Sección de Arqueología del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela (Vargas, 1986).

A juzgar por las publicaciones realizadas por Erika Wagner, sus trabajos arqueológicos se centraron fundamentalmente en Carache y Boconó, en el estado Trujillo; Mucuchíes en el estado Mérida y la cuenca del Lago de Maracaibo (Wagner, 1970, 1972; 1986; 1988 y 1992; Wagner y Tarble, 1975).

De todos estos trabajos resalta el realizado en Carache, entre los años de 1963 y 1964 que se resume en la monografía *Prehistoria y etnohistoria del área de Carache en el Occidente Venezolano*, que le sirvió de tesis doctoral en la Universidad de Yale para la época en cuestión (Wagner, 1988).

En este trabajo, Wagner postuló, a partir de la variabilidad ecológica y los datos de los cronistas existentes para la zona andina, la existencia de diversos “patrones culturales” en la Venezuela “prehispánica”, llamándolos: “patrón andino”, “patrón sub-andino” y el “patrón de selva tropical” (Wagner, 1967; 1988).

Siguiendo a Wagner, cada patrón cultural es el resultado de las adaptaciones culturales hechas por las comunidades “prehispánicas” que habitaron los diferentes pisos térmicos y altitudinales de los Andes venezolanos, de modo que, interpretando a Wagner, los factores ambientales moldearon y determinaron el desarrollo histórico-cultural de las sociedades que nos antecedieron, negando así la capacidad creadora y recreadora de hombres, mujeres, niños, niñas, ancianos y ancianas.



Excavaciones arqueológicas en Mucuchíes, estado Mérida.
Fuente: Erika Wagner, 1980.

Por otro lado, Alberta Zucchi trabajó desde 1964 en los llanos de Barinas con la finalidad de estudiar arqueológicamente el origen, las características culturales y los sistemas agrícolas de las comunidades originarias que poblaron los llanos. Como uno de los resultados más resaltantes de la investigación realizada por Zucchi a partir de los años sesenta del siglo xx, podemos mencionar sus investigaciones realizadas con William Denevan en los años setenta sobre la tecnología agrícola intensiva implementada por los pueblos originarios que ocuparon los llanos de Barinas, basada en las construcciones de los sistemas de calzadas, montículos y campos elevados (Zucchi, 1975; Zucchi y Denevan, 1979).



Entierro en Caño Caroní, estado Barinas.
Fuente: Alberta Zucchi, 1975

Simultáneamente en los años sesenta, Mario Sanoja e Iraida Vargas promovieron explicaciones de los contextos arqueológicos amparadas por un marco teórico funcionalista que le daba preponderancia al ecosistema para explicar el desarrollo histórico de los pueblos originarios que ocuparon nuestro territorio antes de la invasión europea. Es a partir de la década de los setenta del siglo xx, a raíz de un simposio celebrado en el Congreso de Americanistas de Lima, organizado por Luis Lumbreras, entre otros, que Vargas y Sanoja postulan desde la Universidad Central de Venezuela la arqueología social latinoamericana, sustentada en los planteamientos filosóficos de Carlos Marx (Sanoja y Vargas, 1974).

En el año de 1974 Sanoja y Vargas publicaron *Antiguas formaciones y modo de producción venezolanos. Notas para el estudio de los procesos de integración de la sociedad venezolana (12.000 a.C.—1.900 d.C.)*, obra que marcó el inicio de la arqueología social latinoamericana en la práctica arqueológica venezolana.

Para Miguel Acosta Saignes, *Antiguas formaciones y modo de producción venezolanos* se constituyó en un esfuerzo donde el autor y la autora:

...por primera vez en la historia de la arqueología venezolana,(...) no se han quedado en la clasificación y algunos señalamientos más o menos vagos(...) Ahora Sanoja y Vargas añaden a lo conocido nuevos materiales obtenidos por ellos mismos e introducen no sólo la novedad de trabajar dentro de una concepción expresa, sino la de intentar una reconstrucción de los modos de producción, de la organización familiar y social, de la extensión de los poblados, de la cuantía demográfica, de la dramática lucha que frente a ecologías diversas, han mantenido por milenios los pobladores de nuestro territorio... (Acosta Saignes, 1974).

La arqueología social latinoamericana teóricamente se vio cristalizada a finales de la década de los ochenta del siglo xx con la publicación de Iraida Vargas: *Arqueología Ciencia y Sociedad*. Ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económica social tribal en Venezuela. La autora expone en esta obra el corpus teórico de la arqueología social latinoamericana –Formación económico/social, modo de vida, modo de trabajo y cultura– para la explicación de los procesos socio-históricos de las sociedades que nos antecedieron y a partir de este modelo teórico re-define las formaciones económicas-sociales y modos de vida que existieron en los territorios que hoy forman parte de la República antes del proceso de colonización desarrollado por los españoles (Vargas, 1990).

Como tendencia diferenciada de la arqueología del buen vecino, la arqueología social latinoamericana reivindicó la labor de los/as arqueólogos/as como historiadores/as que debían buscar en los contextos arqueológicos estudiados las leyes causales de los procesos históricos impulsados por las sociedades aborígenes y sus conexiones con el presente y no quedarse en las formas fenoménicas de la realidad social que se expresan en la cultura. Se trataba entonces de estudiar a partir de los contextos arqueológicos los procesos sociales e históricos que han determinado los procesos de etnogénesis de los Estados contemporáneos.

Pero es extremadamente importante decir que no sólo desde la región capital se hacía arqueología en el territorio venezolano, ya desde los años sesenta y setenta se hacía arqueología en los estados Aragua, Carabobo, Lara, Mérida y Táchira por instituciones que no tenían su sede en Caracas.

Precisamente a partir de los años sesenta y setenta del siglo xx, se empezaron a fundar otras instituciones relacionadas con la investigación arqueológica en diversas regiones de Venezuela. Ya para el año de 1964, Henriqueta Peñalver fundó el Instituto de Antropología e Historia de los estados Aragua y Carabobo. Como una de las primeras arqueólogas egresada de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV, Peñalver, realizó distintas excavaciones en la cuenca del Lago de Valencia y fundó en los años sesenta, el Museo de Antropología del estado Aragua y el Museo Arqueológico del estado Carabobo.

También en los años sesenta, a partir de los hallazgos de un cementerio aborigen en Quíbor, estado Lara, Adrián Lucena Goyo creó el Centro Antropológico y Paleontológico del estado Lara, institución que le daría paso hacia el año de 1981, bajo la dirección del arqueólogo Luis Molina y la arqueóloga María Ismenia Toledo, al Museo Arqueológico de Quíbor.



Excavaciones arqueológicas en el cementerio de Boulevard de Quíbor, estado Lara.

Fuente: Revista Elite, 23-07-1966.

Pero las fundaciones de centros regionales para la investigación arqueológica no pararon con las aperturas de los centros ubicados en la

región central de Venezuela, hacia el estado Falcón y los estados andinos también se fundaron centros de investigación arqueológica. De esta manera se creó, por iniciativa de Jorge Armand y Jacqueline Clarac de Briceño, a comienzos de los años setenta del siglo xx, el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes desde donde Armand, entre otras, realizó excavaciones arqueológicas en el sitio de Batatuy en el estado Barinas (Armand, 1975). También hacia el año de 1976 la arqueóloga Reina Durán fundó el Departamento de Antropología adscrito a la Gobernación del estado Táchira, realizando investigaciones arqueológicas a partir de 1977 en la porción tachirenses del Sur del Lago de Maracaibo (Durán, 1998). Ambas instituciones, tanto la de Mérida como la del Táchira, se van a consolidar hacia los años ochenta del siglo xx. En el caso del museo merideño, bajo la gestión de Jacqueline Clarac, es reconocido por el Consejo Universitario de la Universidad de Los Andes como una dependencia universitaria, asignándole el nombre de Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes; y en el caso del Táchira, se funda el Museo del Táchira como una institución especializada en la labor arqueológica. De igual manera, a comienzos de los años ochenta, José María Cruixent fundó en Coro, estado Falcón, el Museo de Cerámica Histórica y Loza Popular como una institución adscrita al Centro de Investigaciones Antropológicas, Arqueológicas y Paleontológicas (CIAAP) de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda.

En perspectiva histórica, la década de los ochenta del siglo xx fue de mucha importancia para la arqueología en nuestro país. En esta década, por ejemplo, se crea la Escuela de Antropología de la UCV a partir de una separación de los estudios antropológicos de la Escuela de Sociología de la misma universidad y se concreta en Venezuela –y en Latinoamérica en general– la arqueología social latinoamericana que, como lo apuntamos en líneas anteriores, se venía fomentando desde la década de los setenta.

En la década de los ochenta se consolidan e institucionalizan los centros de investigación arqueológica de Quíbor, Táchira y Mérida y también se ponen en funcionamiento hacia el oriente venezolano el Departamento de Antropología de la Dirección de Cultura del estado Sucre, dirigido por el arqueólogo Luis Adonis Romero y el Centro de Investigaciones Arqueológicas del Ateneo de Carúpano, dirigido por el arqueólogo Ricardo Mata (Mata, 2001). De igual forma, se crean dos instituciones con vida efímera en la arqueología venezolana: el Programa de Arqueología de Rescate

de CORPOZULIA-Universidad del Zulia en el estado Zulia, dirigido Víctor Núñez Regueiro y Marta Tartusi y el Museo del Hombre Americano en la Universidad Central de Venezuela, dirigido por Mario Sanoja e Iraida Vargas (Vargas y Sanoja, 1993), ambas instituciones habían dejado de funcionar por cuestiones político-económicas para los años noventa del siglo xx.

Para este período que estamos tratando, los/as seguidores/as de la arqueología del “buen vecino” y de la arqueología social latinoamericana se van a mantener muy activos e inclusive van coincidir en la necesidad de crear una organización para agrupar a todos/as los/as arqueólogos/as que laboraban en el país para ese entonces, con la finalidad de trabajar, entre otras cosas, en la conservación de los sitios arqueológicos que venían siendo saqueados y destruidos, tal como se había denunciado de manera contundente en el VII Congreso Internacional para el estudio de las culturas precolombinas de las Pequeñas Antillas, celebrado en Caracas en el año de 1977.¹³ De esta manera, nace para mediados del año 1981 la Asociación Venezolana de Arqueología (AVA), acreditada como asociación Corresponsal de AsoVAC (Wagner, 1982). Sin embargo, por diferencias creadas por la incorporación de diletantes –aficionados que de alguna manera contribuían a la destrucción de los sitios arqueológicos– a dicha Asociación y por divergencias relacionadas con las posiciones teóricas existentes para ese entonces en la arqueología venezolana, surge en el año de 1982, la Sociedad Venezolana de Arqueólogos (SOVAR), asociada al Colegio de Sociólogos y Antropólogos de Venezuela que para esa época funcionaba.

Tanto SOVAR como AVA van a tener una amplia actividad académica y de formación de sus asociados/as hasta su desaparición a comienzos de los años noventa del siglo xx. Ambas van a editar sus respectivos boletines donde se publicaron diversos trabajos de corte arqueológico. SOVAR editó a *Gens* y AVA publicó su *Boletín*.¹⁴ Aparte de *Gens* y del *Boletín* de

13 En dicho evento, presidido por Iraida Vargas, se produjo la famosa “Resolución de Caracas” que recomendaba, entre otras cosas, que los gobiernos o instituciones dedicadas a las cuestiones arqueológicas deberían darle prioridad a los investigadores/as para la realización de las investigaciones arqueológicas que demostrasen profesionalismo y calidad en sus trabajos (Sanoja y Vargas, 1978).

14 SOVAR también inició en 1985 con la publicación de la obra de Luis Molina y María Mercedes Monsalve, titulada *Sicariagua*, una serie de monografías y ensayos con la finalidad de dar a conocer al público en general las investigaciones realizadas por estudiantes y profesionales pertenecientes a SOVAR.

AVA, para la década de los años ochenta existían en Venezuela diversas revistas dedicadas a la publicación de investigaciones realizadas en el país por instituciones dedicadas a la labor arqueológica. Entre ellas podemos mencionar a *Quiboreña*, editada por el Museo Arqueológico de Quíbor; el *Boletín del Programa de Arqueología de Rescate*, editado por el Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA; el *Boletín del Departamento de Antropología* del estado Táchira y el *Boletín antropológico*, editado por el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes.

De todas las revistas que existían en los años ochenta, hoy solamente se publica el *Boletín antropológico*, situación que evidencia el escenario por el que atraviesa el quehacer arqueológico venezolano en la actualidad. Nuestra experiencia en el Comité Editorial del *Boletín antropológico* nos ha permitido conocer que en la actualidad la gran mayoría de los/as arqueólogos/as venezolanos/as incluyendo los/as antropólogos/as, tienen poco interés en publicar los resultados de sus investigaciones y cuando quieren hacerlo, lo primero que preguntan es si la revista se encuentra indizada en los catálogos aceptados en el Programa de Promoción al Investigador que promueve el Ministerio de Ciencia y Tecnología de Venezuela. De igual manera, a juzgar por las publicaciones arqueológicas que se realizan en el país en la actualidad, podemos afirmar también que un grupo de investigadores/as venezolanos/as prefieren publicar en el exterior, en consecuencia, a diferencia de los años cincuenta, sesenta y ochenta, la arqueología venezolana se ha convertido en una práctica privada que no llega a las grandes mayorías del país (Meneses, 2001).

Producto del impacto que había tenido la arqueología social latinoamericana, tendencia que tenía entre sus propulsores/as a la venezolana Iraida Vargas y al venezolano Mario Sanoja, Venezuela para los años ochenta del siglo xx se encontraba en el centro del debate de la arqueología mundial, situación que favoreció a Venezuela para que fuera sede en el año de 1987 de la Tercera Conferencia Internacional para el rescate arqueológico en el Nuevo Mundo, celebrada en Carúpano, estado Sucre y a comienzos de los años noventa se reconvirtiera en sede del Segundo Congreso Mundial de Arqueología (WAC), ambos eventos presididos por el profesor Mario Sanoja.

Hacia la década de los noventa el quehacer arqueológico venezolano entra en una etapa de reflujo debido a la desaparición de las organizaciones que agrupaban a los/as arqueólogos/as venezolanos/as, a que dejaron de

circular las revistas que publicaban SOVAR y AVA, al cierre del Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-LUZ, al declive de la labor investigativa de campo de parte de las instituciones existentes en el Oriente venezolano y al surgimiento, en el medio de la aplicación de políticas neoliberales en el país y de la llamada arqueología de contrato promovida por el recién fundado, para ese entonces, Instituto de Patrimonio Cultural.

La actividad arqueológica a finales de los noventa del siglo xx, se va a seguir realizando desde la Escuela de Antropología de la UCV, el Departamento de Antropología del IVIC y con una actividad bastante considerable desde el Museo Arqueológico de Quíbor, el Museo del Táchira y el Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes. Desde los Museo Arqueológicos ubicados en la porción centro occidental de Venezuela se siguió realizando de manera sostenida la investigación arqueológica de campo con sus respectivas publicaciones.

De esta manera, a partir de los años noventa, el Museo Arqueológico de Quíbor empezó a publicar, en sustitución de la desaparecida *Quiboreña*, una nueva revista llamada: *Boletín Museo Arqueológico de Quíbor*, que circuló hasta el año de 1998. Desde el Museo Arqueológico de la ULA se ha seguido publicado de manera regular el *Boletín antropológico*, se organizaron a finales de la década de los noventa escuelas de campo con estudiantes de Antropología de la UCV, y se organizó por primera vez en la historia de la arqueología venezolana, el primer Encuentro Nacional de Arqueólogos y Arqueólogas que logró reunir en un solo espacio a los/as investigadores/as que se encontraban haciendo arqueología en Venezuela para ese momento y cuyas ponencias fueron publicadas en el libro: *La arqueología venezolana en el nuevo milenio* (Meneses y Gordones, 2001).

Ahora bien, desde que se iniciaron los estudios arqueológicos en Venezuela se ha cabalgado con el tema de las colecciones arqueológicas que se constituyeron a partir de las investigaciones arqueológicas realizadas en territorio venezolano y la tarea de los diletantes, por cierto muy vinculada con la destrucción de los contextos arqueológicos, o lo que es lo mismo, con la destrucción del patrimonio arqueológico venezolano. Hoy nos preguntamos ¿dónde están y para qué sirven las colecciones arqueológicas que se han formado en estos cien años de arqueología venezolana?, ¿cuál es la utilidad social de los objetos (históricos) y sitios arqueológicos (históricos) que nos legaron los pueblos que nos antecedieron?

Capítulo VI

Las colecciones arqueológicas (históricas) venezolanas

La situación y el uso social de las colecciones arqueológicas en Venezuela ha sido de alguna manera un debate aún sin concluir que ha estado presente en la historia de la arqueología venezolana. Para los efectos del debate entendemos a las colecciones arqueológicas como productos históricos, en tanto que son expresiones fenoménicas de los procesos desarrollados por los pueblos que nos antecedieron, que están constituidas por evidencias cerámicas –completas o semicompletas–, líticas, muestras de suelo, restos de faunas y vegetales y, restos óseos humanos, entre otros tantos posibles.

Discutir la cuestión de las colecciones arqueológicas (históricas) adquiere relevancia en la actualidad, debido a que existen diferentes instituciones venezolanas y extranjeras –públicas y privadas– y coleccionistas privados que han estructurado colecciones en el devenir del tiempo, desconociéndose las cualidades y cantidades de dichas colecciones y más aún cuando en Venezuela no existen museos de historia que utilicen dichas colecciones para que sirvan de soporte a los procesos pedagógicos de instituciones educativas y comunitarias. En fin, históricamente hacia las colecciones arqueológicas no se han diseñado políticas específicas que permitan dar a conocer y darle utilidad social en los términos de las grandes mayorías del país.

“La Resolución de Caracas” redactada por Iraida Vargas, Mario Sanoja, Erika Wagner y Marcio Veloz Maggiolo, entre otros/as, en el contexto del

VII Congreso Internacional para el estudio de las culturas precolombinas de las Pequeñas Antillas, celebrado en los años setenta del siglo xx, en el complejo de Parque Central en Caracas, recomendaba a los gobiernos prohibir la venta, la exportación e importación de piezas arqueológicas locales o extranjeras, evitar por medio de medidas especiales la destrucción de sitios arqueológicos y, algo muy importante para la conservación de las colecciones arqueológicas venezolanas, catalogar las piezas arqueológicas de colecciones públicas y privadas. En el caso de las colecciones privadas se pedía que cada dueño se debería convertir en el guardián oficial de las respectivas colecciones y no podía enajenarlas, ni venderlas, además que debería permitir el acceso al público para fines de estudio, exhibición y fotografía (Sanoja y Vargas, 1978). Lamentablemente, a juzgar por la lluvia de denuncias que se divulgaron en los años posteriores en Venezuela, dicha resolución no tuvo aplicación alguna en Venezuela.

La gran mayoría de los/as arqueólogos/as contemporáneos/as venezolanos/as se han preocupado por denunciar la destrucción y el saqueo de los sitios arqueológicos venezolanos y, por lo general, la mayoría han hecho hincapié en que la solución de tal problemática pasa por la adecuación de la legislación venezolana a los avances de los estudios arqueológicos en el país, aunque otros/as hemos dejado claro que la solución de tal situación pasa indisolublemente por la elevación de la conciencia histórica de nuestras comunidades en relación a las determinaciones que han incidido en los procesos sociohistóricos desarrollados por las sociedades que nos antecedieron (Meneses, 1994; Gordones, 1994).

Desde finales de los años setenta, hasta los comienzos de los años noventa del siglo xx, aprovechando los eventos internacionales que se celebraron en Venezuela en ese entonces, diversos/as arqueólogos/as venezolanos/as denunciaron públicamente el saqueo de diversos yacimientos arqueológicos que se encontraban en el territorio venezolano; tal situación no cambió, ni ha cambiado con la existencia desde 1993 del Instituto de Patrimonio Cultural.

Pero es que la cuestión de la conservación de las colecciones arqueológicas no es un tema nuevo en Venezuela, ya desde finales del siglo xix, con los inicios de las investigaciones arqueológicas en el territorio venezolano existía un amplio debate sobre la necesidad de frenar la fuga de colecciones del territorio venezolano.

Con las excavaciones arqueológicas realizadas por Vicente Marcano en el año de 1887, se logró formar una buena colección de piezas, que por primera vez en la historia venezolana provenían de una excavación arqueológica. Eran tiempos donde ya Adolfo Ernst había fundado hacia el año de 1871 el Museo Nacional en la Universidad Central de Venezuela, como un espacio donde se mostrarían las evidencias materiales —etnográficas y arqueológicas— que sustentaban la historia patria.

Entre Ernst y Vicente Marcano se desata un debate sobre el destino de las colecciones arqueológicas que resultaron de las investigaciones de campo que realizó el último. Comentaba Ernst en 1888, en una carta dirigida a su discípulo Lisandro Alvarado, la tristeza que sentía al comprobar que luego de la gran cantidad de dinero público gastado por el gobierno del general Guzmán Blanco en las investigaciones de Marcano para formar colecciones arqueológicas y etnográficas, todas fueron a enriquecer el museo particular de Gaspar Marcano en París, sin que el Museo Nacional de Caracas haya recibido ni una sola flecha (Pérez, 1983).

Si bien es cierto que las colecciones resultantes de las investigaciones de Vicente Marcano no fueron a parar a la colección privada de su hermano Gaspar, un número de 507 piezas arqueológicas venezolanas fueron entregadas por Gaspar Marcano a la Sociedad de Antropología de París (Pérez, 1983).¹⁵ Paradójicamente por medio de Guzmán Blanco, Gaspar Marcano donó unas piezas arqueológicas egipcias y dos cráneos franceses modernos al Museo Nacional dirigido por Ernst (Ernst, 1987g).

La colección inicial del Museo Nacional regentado por Ernst se fue armando en la década de los ochenta del siglo XIX por diversas donaciones realizadas por venezolanos y extranjeros. Apenas habían pasado dos años de la fundación del Museo Nacional y ya contaba con 200 números en la colección etnográfica y 240 registros de piezas arqueológicas (Ernst, 1987).

Producto del debate de Ernst y Marcano sobre las colecciones arqueológicas, Lisandro Alvarado en su *Etnografía Patria*, publicada por primera vez en el año de 1907 en el *Cojo Ilustrado*, nos decía para ese entonces que era necesario iniciar:

15 En el sitio web: <http://www.quaibrany.fr/> del Museo del Quai Branly de París, se pueden observar las piezas donadas por Gaspar Marcano al antiguo Museo del Hombre.

Un plan de exploraciones y excavaciones en los lugares más adecuados de la República es imposible realizar sin la protección del Gobierno Nacional; y es tanto más conveniente esta protección, cuanto que casi todo el material que podría enriquecer nuestro museo etnográfico va pasando poco a poco a formar parte de las espléndidas colecciones esparcidas por Europa... (Alvarado, 1989a:441).

Es que para la fecha en que Alvarado escribía su *Etnografía Patria* seguían saliendo colecciones arqueológicas (históricas) para Europa; un ejemplo de ello fue el envío al Museo Etnológico de Berlín de la colección que armó Alfredo Jahn en el año de 1903 con las excavaciones que realizó, por encargo de dicho museo, en La Mata y Camburito en la cuenca del Lago de Valencia (Jahn, 1932).

En un informe realizado para el Ministerio de Instrucción Pública, Christian F. Witzke, director en el año de 1908 del Museo Nacional, exponía que por problemas de seguridad de las vitrinas de dicho museo, muchas piezas valiosas se había extraviado (Díaz, 2006). Sin embargo, hasta el mismo Witzke, fundador con Julio César Salas y Luis Oramas, entre otros, de la Sociedad de Americanistas de Estudios Libres y de la *Revista De Re Indica*, había vendido su colección arqueológica a Theodoor de Booy, enviado por el Museo Nacional del Indígena Americano de la Fundación Heye, perteneciente al Instituto Smithsonian de los Estados Unidos (Oramas, 1917).

Con el advenimiento de la arqueología del buen vecino hacia los años treinta del siglo xx, el drama de las colecciones arqueológicas se va a profundizar, con la diferencia de que las principales colecciones en vez de irse para Europa terminan, por el nivel de dependencia de Venezuela con los Estados Unidos, en instituciones estadounidenses como el Museo Americano de Historia Natural, el Smithsonian Institution, el Museo de Arqueología y Etnología Americana de la Universidad de Harvard, la Universidad de Yale y la Universidad de California (Nomland, 1935; Bennett, 1934; Petrullo 1939; Kidder II, 1944 y Osgood y Howard, 1943).

El Museo Americano de Historia Natural de Nueva York tiene en posesión, dentro de su colección, piezas arqueológicas (históricas) de toda Venezuela (Kidder II, 1944); además, tiene en sus depósitos las piezas colectadas en las excavaciones arqueológicas que realizó en La Mata, hacia el año de 1932, Wendell Bennett (Bennett, 1937). Dicho museo ya tenía

en su haber una colección del mismo lugar que le habían comprado a Luis Gerónimo Martínez, entre los años de 1916 y 1918 (Osgood, 1943).



Piezas arqueológicas de la cuenca del Lago de Valencia excavadas por Wendell Bennett que se encuentran en el Historia Natural de Nueva York.

Fuente Wendell Bennett, 1937.

De igual manera, la Universidad de Harvard mantiene en el Museo de Arqueología y Etnología Americana los materiales arqueológicos (históricos) reunidos en las excavaciones realizadas por Alfred Kidder II en los años treinta del siglo xx, en la cuenca del Lago de Valencia y Boconó, estado Trujillo (Kidder II, 1944), y la Universidad de Yale mantiene en posesión colecciones arqueológicas de todo el país, colectadas en las investigaciones de campo realizadas por Cornelius Osgood y George Howard en la década de los treinta y los primeros años de la década de los cuarenta del siglo xx (Osgood y Howard, 1943).

En los años cuarenta del siglo xx, Osgood y Howard enviaron al Museo de Ciencias Naturales de Caracas un número interesante de piezas arqueológicas (históricas) obtenidas por ellos en el survey arqueológico

que realizaron en Venezuela a comienzos de los años cuarenta del siglo xx (Díaz, 2006); sin embargo, a juzgar por las publicaciones realizadas y por la información existente en el catálogo online del Yale Peabody Museum, nos damos cuenta de que, tanto Osgood como Howard, no entregaron a la institución caraqueña todas las piezas obtenidas en dichas investigaciones (Osgood y Howard, 1943).

Un caso bien particular de piezas arqueológicas venezolanas en el exterior, nos los reporta Mauricio Parhanos da Silva en una publicación realizada en el año de 1957 sobre una colección de 28 piezas arqueológicas existentes en el Instituto Etnográfico de Ginebra, Suiza.¹⁶ La colección en cuestión fue estructurada a partir de la venta y donación de piezas a la institución suiza por parte de personas que hacían turismo en Venezuela, diletantes y comerciantes que de alguna manera saquearon diversos sitios arqueológicos de Urumaco en el estado Falcón y Boconó en el estado Trujillo.

16 El Museo Etnográfico de Ginebra, Suiza, reporta en su web (<http://www.ville-ge.ch/meg/index.php>) la existencia de 542 registros pertenecientes a piezas etnográficas y arqueológicas originarias de Venezuela las cuales forman parte de la colección de la institución.



Piezas arqueológicas de Boconó, estado Trujillo y Urumaco, estado Falcón, existentes en el Instituto Etnográfico de Ginebra, Suiza.

Fuente: Parhanos da Silva, 1957.

Una situación un tanto diferente se planteó con las colecciones arqueológicas estructuradas con las investigaciones arqueológicas adelantadas por Luis Oramas y Rafael Requena en la cuenca del Lago de Valencia. La colección Oramas fue comprada por el Estado venezolano para enriquecer el acervo patrimonial del Museo de Ciencias (Díaz, 2004), y la colección de Requena desembocó en la Fundación del Museo de Prehistoria de Maracay, que según el propio Requena contaba con más de tres mil registros (Requena, 1932a) y luego traspasada una buena parte de la colección arqueológica del Museo de Prehistoria de Requena, cerca de dos mil piezas, pasaron a formar parte del Museo de Ciencias de Caracas en el año de 1949 (Díaz, 2006).

Sabemos por diversas publicaciones realizadas en los primeros años del siglo xx que Mario Briceño Iragorri, Tulio Febres Cordero, Julio César Salas, Emilio Menotti Spósito, Luis Oramas, Alfredo Jahn y Almícar Fonseca (Kidder II, 1944; Fonseca, 1955), tenían en su haber colecciones de piezas arqueológicas (históricas). Hoy en día sabemos que las colecciones de Briceño Iragorri y Oramas encontraron destino en el Museo de Ciencias de Caracas. De igual forma, la colección de Menotti Spósito se encuentra en el Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes y la colección de Tulio Febres Cordero se encuentra en guarda y custodia en la Biblioteca Tulio Febres Cordero de la ciudad de Mérida.

Con las investigaciones arqueológicas desarrolladas en Venezuela por Walter Dupouy, Antonio Requena y José María Cruxent, la colección del Museo de Ciencias Naturales de Caracas vio aumentar sus números de registros de manera importante a partir de los años cuarenta hasta los años sesenta del siglo xx.

De igual forma, con los trabajos de campo realizados por el Hermano Esteban Basilio en el valle de Carora, estado Lara, hacia los años cincuenta del siglo xx, se constituyó la colección arqueológica del Instituto La Salle de Barquisimeto, hoy en custodia del Museo de Barquisimeto en el estado Lara (Basilio 1959; Boulton, 1978). Situación similar se presentó en el devenir del tiempo con la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV y el Departamento de Antropología del IVIC que con el avance de las investigaciones realizadas en territorio venezolano por sus investigadores/as y estudiantes tesitas, organizaron diversas colecciones arqueológicas importantes que muestran la complejidad histórica y social de las sociedades que nos antecedieron.

Esta novedosa situación presente en la realidad venezolana a partir de los años cuarenta y cincuenta, también aplica a los centros y programas de investigación y museos que se fundaron en Venezuela a partir de la década de los sesenta hasta los noventa del siglo xx, tales como: el Museo de Valencia y Maracay; el Museo Arqueológico de Quíbor; el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes; el Museo del Táchira; el Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-LUZ; el Museo de Carúpano, estado Sucre; la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda de Coro; los proyectos de arqueología de rescate impulsados por la Corporación Venezolana de Guayana (CVG); las investigaciones arqueológicas desarrolladas en Los Roques por la Fundación Los Roques, cuyas colecciones

se encuentran hoy depositadas en la Unidad de Estudios Arqueológicos del Instituto de Estudios Regionales y Urbanos de la Universidad Simón Bolívar; y los programas de arqueología de rescate auspiciados por el Instituto de Patrimonio Cultural (IPC), cuyas colecciones arqueológicas resultantes se encuentran depositadas en dicho instituto.

Llegado a este punto, nos preguntamos ¿quiénes en la actualidad conocen las colecciones arqueológicas constituidas a partir de las investigaciones realizadas en el país en estos últimos cien años? y ¿para qué han servido dichas colecciones? Realmente podríamos decir que la conocen parcialmente los/as investigadores/as dedicados/as a la arqueología en Venezuela que han leído las publicaciones hecha por los/as colegas y aquellas personas que pudieron comprar los libros de arte prehispánico editados por la Fundación Eugenio Mendoza, por Alfredo Boulton y por la Fundación Galería de Arte Nacional (Arroyo et al, 1971; Boulton, 1978; Arroyo et al, 1999). Las colecciones han servido, a nuestra manera de ver, para documentar los libros y los artículos realizados por los/as investigadores/as, para fortalecer programas museológicos-educativos impulsados por algunos museos, tales como el del Táchira, Quíbor y de la Universidad de Los Andes y, para engrosar las colecciones de Universidades y museos ubicados en el exterior.

Dos ejemplos emblemáticos sobre esta realidad se encuentran en el estado Zulia. El primero está relacionado con La Universidad del Zulia, institución que financió por medio del CONDES-LUZ una investigación arqueológica al profesor Ruperto Hurtado en los años ochenta en la población de Mecocal, hoy en dicha Universidad no se conoce el paradero de la colección arqueológica obtenida en la investigación que sirvió para desarrollar el modelo interpretativo de la *Fase Mecocal de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo* (Hurtado, 1984); sin embargo, una pequeña muestra de las piezas arqueológicas relacionadas con las investigaciones de campo de Ruperto Hurtado en Mecocal, se encuentra en la actualidad en el Museo del Hombre, ubicado en Los Puertos de Altigracia, estado Zulia. El segundo ejemplo, lo tenemos con la colección arqueológica que se armó con la implementación en los años ochenta del siglo xx del Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-LUZ; lamentablemente, en la actualidad ni siquiera los/as zulianos/as conocen la existencia de dicha colección que está en manos de CORPOZULIA y en el plano general no se conocen las condiciones y la integridad física de dicha colección.



Vasijas funerarias excavadas por Ruperto Hurtado a comienzos de los años ochenta del siglo xx en el contexto arqueológico de Mecocal, estado Zulia.

La cuestión del conocimiento y por ende de la conservación de las colecciones arqueológicas en Venezuela ha estado condicionada por cuatros aspectos fundamentales:

1. La concepción teórica que ha promovido el Estado venezolano y los entes privados que han hecho de nuestras colecciones arqueológicas un número indeterminado de “objetos-obras de arte”, vacíos de contenidos históricos y sociales.
2. Como consecuencia de lo anterior contamos con una legislación que considera lo arqueológico como una ciencia que estudia los restos de la cultura material –objetos– dejados por las sociedades que nos antecedieron.
3. La “transferencia” ilícita –saqueo– hacia los países del norte, fundamentalmente Francia, Alemania y los Estados Unidos, de importantes colecciones que se estructuraron a partir de investigaciones arqueológicas realizadas por investigadores/as

venezolanos y extranjeros/as y por diletantes que vendieron sus colecciones a instituciones extranjeras.

4. La ausencia de las comunidades en todo el proceso de conocimiento y conservación de las colecciones que se derivan de las investigaciones arqueológicas desarrolladas en el país.

Indudablemente que estos aspectos se encuentran estrechamente vinculados entre sí, no podríamos hablar de uno sin dejar de hacer consideraciones sobre los otros. Los mismos se encuentran condicionados a como se ha concebido la arqueología en Venezuela. A partir de la implantación de la arqueología del buen vecino en los años treinta del siglo xx, para las instituciones públicas y privadas, y para las comunidades, la arqueología es vista como una especialidad dedicada al estudio de los restos materiales –objetos– de las sociedades prehispánicas que se pueden encontrar en el territorio venezolano. Para los/as seguidores/as de esta tendencia, la arqueología no estudia los procesos históricos, la arqueología estudia la cultura, en tanto a cultura, la mayoría de las veces es homologada con las bellas artes, punto este donde radica fundamentalmente el problema del conocimiento y conservación de las colecciones arqueológicas como parte primordial de los procesos históricos-sociales de las sociedades que nos antecedieron en el territorio que hoy forma parte de la República Bolivariana de Venezuela.

Un ejemplo típico de esta situación lo tenemos en las muestras de suelos que han sido extraídas en investigaciones arqueológicas. Estas muestras nos pueden dar luces, entre otros aspectos, de las dietas, usos de los espacios domésticos, plantas cultivadas y la flora, en fin nos pueden dar evidencias de la vida cotidiana de los pueblos que nos antecedieron; sin embargo, en ningún inventario patrimonial de colecciones arqueológicas en Venezuela y, sin temor a equivocarnos, del mundo, se conservan las muestras de suelo con fines patrimoniales una vez que los/as arqueólogos/as hayan realizado sus labores investigativas.

De esta realidad esbozada deviene indudablemente la noción de “bien cultural”, concepto profundamente aceptado y difundido cuando entablamos discusiones sobre la cuestión patrimonial. Escribía Hugues de Varine, hacia los años ochenta del siglo xx que el fenómeno primordial –el que condiciona todos los demás– era la aparición del concepto de bien o propiedad cultural. Decía que era paradójico que a partir del momento en

que esos bienes se despojan de su propósito intrínseco, perdiendo su utilidad funcional primaria, son llamados bienes culturales a condición de que se les juzgue merecedores de ser conservados y admirados por su belleza y por lo raro o escaso del llamado bien cultural (Varine de, 1983). Este es el puesto que se la ha asignado a las colecciones arqueológicas en una Venezuela –y en el mundo– donde la forma de propiedad capitalista es la fundamental, mientras más antiguo y más raro es el testimonio objetual del pasado, la valorización intelectual y económica del llamado “bien patrimonial” adquiere mayor relevancia.

En relación a la “transferencia” ilícita –forma de saqueo patrimonial– de importantes colecciones arqueológicas constituidas a partir de investigaciones de campo realizadas por investigadores/as venezolanos/as y extranjeros/as hacia países del norte, que es otro de los puntos tratado, el problema es aún mayor debido a que no ha existido nunca una política de Estado para la repatriación de dichas colecciones.

El saqueo del patrimonio –transferencia ilícita– se ha hecho de diversos modos, de forma violenta por medio de las guerras y de manera “pacífica” a través de las investigaciones científicas. Ambos casos se encuentran estrechamente relacionados con los procesos de colonización y con la colonialidad del poder (Quijano, 2007; Mignolo, 2003), en el sentido de los procesos de dominación-explotación y todos aquellos mecanismos académicos y culturales, en fin ideológicos, que producen y reproducen los mecanismos de sujeción colonial que son los que definitivamente han perpetuado la dominación imperialista sobre nuestros pueblos.

En el contexto de esta discusión, es bien interesante recordar aquí que a finales del siglo XVIII un venezolano como Francisco de Miranda entabló con Antoine Quatremère de Quincy un intercambio de correspondencias donde discutían, hacia el año de 1796, lo nocivo del desplazamiento de monumentos de arte y el desmembramiento de escuelas y museos de Italia por parte del ejército napoleónico en provecho de la República francesa (Quatremère de Quincy, 1998). Quatremère de Quincy le ponía como ejemplo a Miranda lo que decía el historiador griego Polibio, que planteaba la equivocación de los romanos al transportar a Roma los cuadros y las estatuas de las ciudades conquistadas, aspirando dicho historiador que los conquistadores del futuro aprendieran de sus reflexiones a no despojar las ciudades que sometan y a no hacer de las calamidades del prójimo el adorno de su patria (Quatremère de Quincy, 1998).

A partir de de 1791 Francia promovió y desarrolló como política de Estado, producto de las propuestas de la Sociedad Popular y Republicana de la Artes y en nombre de la “libertad” y del “bien de la humanidad”, el saqueo del patrimonio histórico y cultural de los países que estaba invadiendo para ese entonces, Italia, Bélgica y el Norte de África. Según Pommier, los dominios de la Francia de finales del siglo XVIII, legitimados por un discurso de lo “universal” y de la “libertad”, no se tradujo solamente en anexiones territoriales y en la creación de Estados vasallos, sino en una política sistemática de saqueo cultural que desembocó en el fortalecimiento de las colecciones del Museo Nacional de las Artes, hoy el Museo del Louvre (Pommier, 1998). Es importante traer aquí en el contexto de la discusión que las luchas imperiales entre Francia e Inglaterra llevaron a Napoleón Bonaparte a iniciar la invasión a Egipto para cortar la ruta inglesa hacia la india, momento histórico en que Pierre-Francois Bouchard, integrante del ejército francés, en el año de 1799, “encontró” en una excavación en la población egipcia de Rashid la llamada –en lengua francesa– Piedra de la Rosetta que posteriormente fue enviada al Museo Británico de Londres debido al triunfo británico sobre los franceses.

Pero es que no solamente el imperio romano y el francés saquearon las obras de artes y las estatuas de los países conquistados, España en América arrasó templos y piezas de orfebrería de los pueblos conquistados de nuestro continente para transformarlos en lingotes de oro. Inglaterra devastó los sitios arqueológicos de Egipto. Alemania saqueó las obras de arte de los países europeos invadidos durante la segunda guerra mundial y la Unión Soviética expolió las obras de artes que se encontraban en Berlín en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. Recientemente los Estados Unidos en su invasión a Irak saqueó los museos y bibliotecas de Bagdad. En fin se trata de algunos ejemplos violentos, asociados a procesos de conquista y colonización, donde se ha expoliado el patrimonio cultural de las naciones vencidas por parte de potencias imperiales con la finalidad de aniquilarlas culturalmente y continuar por otras vías el coloniaje (Meneses et al, 2007).

Precisamente en el contexto de las luchas de liberación-descolonización llevadas adelante por los llamados países del tercer mundo en las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XX, se firma en París en el año de 1970 la convención sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir, la importación, la exportación y la transferencia de propiedad

ilícita de bienes culturales, que buscaba la devolución del patrimonio cultural expropiados por los países imperiales durante la época colonial (UNESCO, 1986); sin embargo, aunque se ha logrado la liberación de muchos países colonizados, las grandes potencias coloniales se resisten a devolver a las regiones de origen los bienes culturales expoliados durante la conquista y colonización (Shaw, 1986).

Pero en el caso nuestro, el venezolano, el saqueo patrimonial por parte de potencias extranjeras (Estados Unidos, Francia y Alemania) no se ha hecho por la vía de la guerra, tal como lo hemos visto en líneas anteriores. El saqueo por potencias extranjeras del patrimonio arqueológico venezolano —que es lo que nos interesa para los efectos de este trabajo— se ha realizado de manera camuflajeada bajo el manto de las “investigaciones científicas”. Esta afirmación la hacemos basados en la convención de la UNESCO, firmada en París en el año de 1970 para tomar medidas que prohíban e impidan, la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícita de bienes culturales y el convenio de UNIDROIT sobre los bienes culturales robados o exportados ilícitamente, redactado en Italia en el mes de junio de 1995 y en donde Venezuela participó como Estado observador (Renfrew, 2000; UNESCO, 2006).

En la convención de la UNESCO mencionada y el Convenio de UNIDROIT, por cierto no suscritos y ratificados por Venezuela, se especifican las competencias sobre los bienes que se desprenden de las excavaciones arqueológicas ordinarias y clandestinas relacionadas con la importación y exportación lícita e ilícita y se considera, en el caso del convenio de la UNIDROIT que un bien arqueológico robado es aquel que ha sido obtenido de una excavación ilícita, o de una excavación lícita pero conservado ilícitamente. También se considera ilícita la exportación de un bien cultural con fines de exposición, investigación o restauración que no haya sido devuelto de conformidad al país de origen.

Sabemos por la historia de la arqueología venezolana que hemos resumido en este trabajo que importantes colecciones arqueológicas se encuentran en instituciones estadounidenses tales como el Yale Peabody Museum de la Universidad de Yale, el Peabody Museum of Archaeology and Ethnology de la Universidad de Harvard, el Museo Nacional del Indio Americano del Instituto Smitshoniano, el Museo Nacional de Historia Natural de Nueva York; alemanas como el Museo Etnográfico de Berlín, el Museo e Instituto de Etnografía de Ginebra y francesas como el recién

fundado Museo del Quai Branly de París que sustituyó el Museo del Hombre.

Solamente, para poner un par de ejemplos de esta realidad: en el Yale Peabody Museum de la Universidad de Yale, institución a la cual pertenecían Cornelius Osgood (1943), George Howard (1943), Irving Rouse (1982) y Patrick Gallagher (1976), según su catálogo que se localiza en Internet, se encuentran 35.224 registros arqueológicos correspondientes a piezas venezolanas extraídas de nuestro país bajo el pretexto de la investigación arqueológica científica (Yale Peabody Museum, 2006). De igual forma, en la web del Museo del Quai Branly de París se ubica una colección de 3.277 registros de piezas arqueológicas y etnográficas venezolanas estructurada, entre otras razones, por la donación que hizo Gaspar Marcano al Museo del Hombre de París y las piezas provenientes de las investigaciones realizadas por Jean Vellard en el Marco de la Misión científica francesa en nuestro territorio (Museo del Quai Branly, 2008).

Esta realidad se fue configurando en el devenir del tiempo debido a la ausencia de las comunidades organizadas en aquellos sitios donde se realizaron las excavaciones arqueológicas y en la no participación de las mismas en la definición de políticas culturales y museísticas en Venezuela (Meneses, 1994 y Gordones, 1994). Evidentemente la no participación de las comunidades en estos procesos, ha estado determinada por factores políticos, sociales y culturales presentes desde la fundación misma de la República hasta finales del siglo xx.

A nuestra manera de ver, uno de los factores más importantes y determinantes fue el forjamiento e imposición de una nueva identidad social colectiva diseñada con la nueva situación histórica y geográfica planteada en Venezuela a partir del 1830 a raíz de nuestra separación de la Gran Colombia (Harwich, 1988; Medina, 1999).

En los medios educativos y políticos, la concepción de pueblos con historia y pueblos sin historia, lo que es lo mismo: prehistoria e historia, se impuso y se tradujo en que todos los procesos desarrollados antes de la invasión europea-española eran prehistóricos debido a la carencia de la escritura y grandes construcciones; y los procesos iniciados por los colonizadores europeos, eran históricos gracias a que los “civilizadores” “introdujeron” en nuestros territorios, entre otras cosas, la escritura.

En este contexto, tal como lo hemos planteado en líneas anteriores, los textos de Indias han servido, desde mediados del siglo xix, y pudiéramos

decir buena parte del xx, de base para el conocimiento y la divulgación de la historia de Venezuela, trayendo como consecuencia profunda la continuidad de la dominación colonial europea en un primer momento y luego, a partir del gobierno de Juan Vicente Gómez, estadounidense (Borjas, 2002; Quijano, 2007, Mignolo, 2003).

De esta manera las descripciones destacadas en los textos de Indias de indios inhumanos, salvajes e idólatras, negros no civilizados y misioneros y ejércitos civilizadores, contribuyeron a fortalecer ideológicamente la superioridad de los/as europeos/as –hoy por hoy de los estadounidenses– y la población blanca criolla y la exclusión de las grandes mayorías del país so pretexto de la supuesta inferioridad de los pueblos indios, mestizos y mulatos de Venezuela.

Tal como lo hemos planteado anteriormente, con la expansión mundial del pensamiento capitalista moderno, las identidades sociales colectivas fueron naturalizadas, clasificando socialmente a las comunidades y a los pueblos de América en indios y razas (Quijano, 1993; 2000 y 2007). En el caso del continente Americano, exceptuando quizás a las llamadas grandes civilizaciones americanas (azteca, inca, chibcha y maya), todos los demás pueblos originarios quedaron reducidos a la categoría de indios, conceptualización que irremediamente nos remite a la condición colonial (Bonfil, 1972; Quijano, 2007; Krotz, 2002). De esta manera, la raza se tradujo en la categoría de clasificación social por excelencia en los términos de la definición de hombres y mujeres “superiores-cultos” y hombres y mujeres “inferiores-incultos”, por ejemplo, los/as indios/as, los/as negros/as y los/as mestizos/as, que en lo político le dio legitimación a las relaciones de dominación colonial que a nuestra manera de ver han perdurado desde la conquista y colonización española hasta nuestros días.

Una vez legitimados ideológicamente e históricamente los blancos criollos como “raza superior”, operó en lo práctico la no participación de las grandes mayorías del país en asuntos estratégicos de definición de políticas de Estado, delegando –democracia representativa– precisamente en esa minoría oligárquica –la blanca criolla– los asuntos de trascendencia como los que estamos tratando en este trabajo.

Sin embargo, a mediados de los años ochenta del siglo xx, las grandes mayorías del país profundizaron la organización y movilización política por la conquista de reivindicaciones económicas, sociales y por espacios de participación para la definición de políticas estratégicas del Estado,

organizaciones y movilizaciones-rebeliones, reprimidas de manera brutal (allanamientos, desapariciones forzadas, muertos y presos políticos con juicios militares, entre otras consecuencias) por la burguesía venezolana y sus operadores políticos de ese entonces.

Las luchas populares crearon las condiciones para que en Venezuela, a finales de los años 90 del siglo xx, bajo el mandato de Hugo Chávez Frías, se convocara una Asamblea Constituyente con la finalidad de redactar una nueva Constitución de la República, que entre otras cosas, consagrara la democracia protagónica en re-emplazo de la democracia representativa burguesa. Dicha constitución fue aprobada en referendo nacional a finales de 1999, abriendo el paso, por medio de la organización en Consejos Comunales, a la participación comunitaria en cuestiones trascendentales del Estado.

De esta manera, es importante destacar el papel que vienen jugando algunos Consejos Comunales en la elaboración de proyectos relacionados con la restitución, resguardo y conservación del patrimonio arqueológico venezolano. Un ejemplo de esta realidad lo tenemos en el Consejo Comunal de Los Roques que busca según sus propias palabras:¹⁷

Recuperar nuestro patrimonio histórico: más de 300 estatuillas fueron sacadas del archipiélago, sin dejar constancia o participación a los pobladores del hallazgo. “Museo de los Roques”: Se recuperarán algunas de las piezas o al menos copias, se expondrán los árboles genealógicos de las dos familias más importantes de Los Roques con fotos, se expondrán las fotos de los pescadores más viejos con una leyenda, se expondrá la formación geológica del archipiélago a través de maquetas, contaremos con videos, sonido, muestras momificadas o conservadas de animales marinos, se dividirá en varias zonas, pobladores, fauna, flora, arqueología, historia, etc. (Consejo Comunal de Los Roques, 2007).

17 Es importante puntualizar la necesidad de provocar en los Consejo Comunales un salto cualitativo que les permita reflexionar la cuestión patrimonial más allá de la mera explotación económica a partir del manejo turístico que le puedan dar. Indudablemente esta transformación necesaria va de mano de un proyecto educativo ambicioso que, tal como lo hemos expuesto en este trabajo, luche por acabar con la colonialidad que se expresa cotidianamente en la vergüenza étnica presente en amplios segmentos de nuestra población.

Llegado a este punto, es importante diseñar entonces una política de Estado en función de darle utilidad social a las colecciones arqueológicas que se han constituido en el devenir del tiempo en Venezuela. Para alcanzar tal fin, se hace necesario, por un lado, conceptualizar las colecciones arqueológicas como expresiones fenoménicas de los procesos históricos-sociales promovidos por las comunidades que nos antecedieron en el territorio que hoy ocupamos; y por el otro, darle viabilidad al artículo 99 de la Constitución de la República, que contempla, entre otras cosas, a los valores de la cultura como un bien irrenunciable y un derecho fundamental que el Estado fomentará y que dichos valores expresados en los bienes patrimoniales de la Nación son inalienables, imprescriptibles e inembargables. Según este artículo, el Estado debe garantizar la protección, preservación, enriquecimiento, conservación y restauración del patrimonio cultural y la memoria histórica de la Nación.

Capítulo VII

Red de Museos de Historia de Venezuela

Partiendo de estas premisas fundamentales, se haría necesario iniciar entonces un plan de ordenamiento para darle coherencia a todo este material histórico que se encuentra en el país y en el exterior, que permita dar a conocer por medio de una Red de Museos de Historia las complejidades sociohistóricas impulsadas por los grupos humanos organizados que nos precedieron en los territorios que hoy forman parte de la geografía de la República Bolivariana de Venezuela.

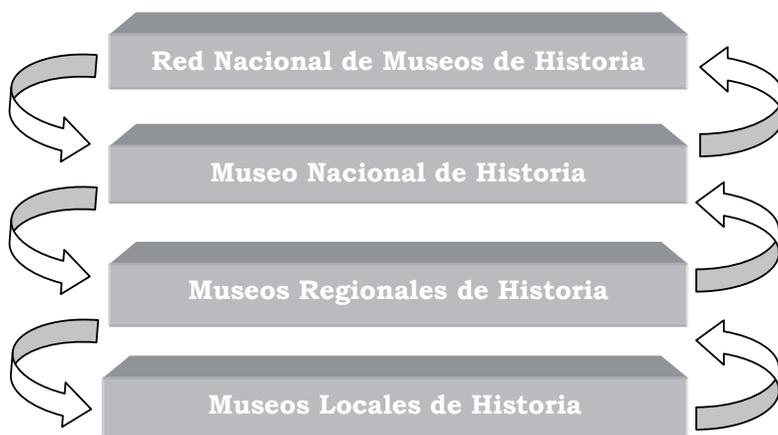
En lo práctico, la implementación de esta política pasaría por dos medidas esenciales:

1. La incorporación y participación de los Consejos Comunales e instituciones públicas especializadas del Estado, que son guarda y custodia de las colecciones arqueológicas (Universidades, CORPOZULIA, CVG y Museos, entre otros), en la construcción de una Red Nacional de Museos de Historia de Venezuela que abarque lo nacional, lo regional y lo local.¹⁸ Hasta la fecha solo se había propuesto la construcción de un Museo de Historia (Vargas y Sanoja, 1993), en este caso, construir una red que contemple un

18 Indudablemente que para la construcción de la Red Nacional de Museos de Historia también tendríamos que considerar la recuperación de las colecciones etnográficas que existen en el país con la finalidad de complementar los guiones museológicos y museográficos de la Red.

gran museo síntesis de la historia nacional, con sede en la capital de la República, que incorpore las historias regionales y locales; museos síntesis de lo regional, local y nacional en las capitales de estados y museos locales que muestren la historia local, regional y nacional en distintas localidades del país.

Se trata de que la Red de Museos se convierta en un espacio para el conocimiento de los procesos históricos que vaya desde lo nacional a lo local y desde lo local a lo nacional.



Como parte de esa política de Estado se debe iniciar un proceso de repatriación hacia nuestro país y restitución hacia las regiones de las colecciones arqueológicas que se han constituido en Venezuela. Para iniciar el plan de repatriación de las colecciones arqueológicas que se encuentran en el exterior, se hace necesario la urgente y perentoria necesidad de que el Estado venezolano suscriba la convención de la UNESCO sobre la prohibición de la importación, la exportación y la transferencia de bienes culturales y el convenio de UNIDROIT sobre los bienes culturales robados o exportados ilícitamente. De igual forma, las instituciones que se encuentren en Caracas (universidades, institutos de investigación, museos e IPC) y capitales de estados (universidades, corporaciones y museos) deberían iniciar diversos procesos de restitución de parte de sus colecciones hacia

las regiones y localidades, donde no existan en estos momentos museos arqueológicos, con el fin de fortalecer las iniciativas de los museos regionales y locales que formarían parte de la Red Nacional de Museos de Historia de Venezuela.

En conclusión se trata de crear las condiciones políticas e institucionales que permitan darle utilidad social a las colecciones arqueológicas venezolanas en el contexto de la creación de la Red Nacional de Museo de Historia con el fin último de combatir la colonialidad y apuntalar la soberanía de la República.

Bibliohemerografía

Acosta Saignes, Miguel. 1953. “Historia y antropología”. En: diario *El Nacional*, Caracas.

Acosta Saignes, Miguel. 1974. “Prólogo”. En: Mario Sanoja e Iraidá Vargas. *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos. Notas para el estudio de los procesos de integración de la sociedad venezolana (12.000 a.C.-1900 d.C.)*. Monte Ávila Editores, Caracas.

Alvarado, Lisandro. 1904. “Construcciones prehistóricas”. En: *La industria*, N° 7, Caracas.

Alvarado, Lisandro. 1989a. “Etnografía Patria”. En: *Obras Completas*. Tomo II. Fundación La Casa de Bello, Caracas. pp. 422-475.

Alvarado, Lisandro. 1989b. “Objetos prehistóricos de Venezuela”. En: *Obras Completas*. Tomo II. Fundación La Casa de Bello, Caracas. pp. 480-488.

- Armand, Jorge. 1975. Batauy. *Una aldea de los albores de la era cristiana en los llanos occidentales de Venezuela*. Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.
- Arroyo, Miguel, et. all. 1971. *Arte prehispánico de Venezuela*. Fundación Eugenio Mendoza, Caracas.
- Arroyo, Miguel, et. al. 1999. *El arte prehispánico de Venezuela*. Fundación Galería de Arte Nacional, Caracas.
- Basilio, Esteban. 1959. *Cerámica de Camay, estado Lara, Venezuela*. La Salle, Caracas.
- Bendrat, T.A. 1912. "Discovery of some new petroglyphs near Caicara on the Orinoco". En: *American Journal of Archaeology*, Vol. 16, N° 4, Archaeological Institute of America, USA. pp. 518-523.
- Bennett, Wendel. 1932. "Habla un notable arqueólogo americano". En: *La Esfera*, 12 de octubre, Caracas. pp. 3.
- Bennett, Wendel. 1937. *Excavations at La Mata, Maracay, Venezuela*. Anthropological paper of the American Museum of Natural History, New York City.
- Bonfil, Guillermo. 1972. "El concepto de indio en América: Una Categoría de la situación colonial". En: *Anales de Antropología*, Vol. 9, México. pp. 105-124.
- Borja Gómez, Jaime Humberto. 2002. *Los indios medievales de Fray Pedro de Aguado. Construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*. Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- Boulton, Alfredo. 1978. *El arte en la cerámica aborigen de Venezuela*. Caracas.

- Booy, Theodoor de. 1916. "Notes on the archaeology of Margarita Island, Venezuela". En: *Contributions from the Museum of the American Indian*, Vol. 2, N° 5, Heye Foundation, New York.
- Booy, Theodoor de. 1918a. "An exploration of the Sierra de Perija, Venezuela". En: *Geographical Review*. Vol. 6, N° 5, Geographical American Society, USA. pp. 385-410.
- Booy, Theodoor de. 1918b. "The western Maracaibo lowland, Venezuela". En: *Geographical Review*. Vol. 6, N° 6, Geographical American Society, USA. pp. 481-500.
- Case Willcox, H. 1921. "An Exploration of the Rio de Oro, Colombia-Venezuela". En: *Geographical Review*. Vol. 11, N° 3, Geographical American Society, USA. pp. 372-383.
- Castillo, Ocarina. 1985. *Agricultura y política en Venezuela. 1948-1958*. Ediciones FACES/UCV, Caracas.
- Castellanos, Juan de. 1987. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Biblioteca de la Academia Nacional de La Historia, Caracas.
- Codazzi, Agustín. 1940. *Resumen de la Geografía de Venezuela (Venezuela 1841)*, Tomo II, Biblioteca Venezolana de Cultura, Ministerio de Educación Nacional, Caracas.
- Consejo Comunal de Los Roques. 2007. *Museo de Los Roques*. Disponible en: http://www.consejocomunallosroques.org/index_files/plandesarrollo/index_files/Page485.htm (consulta: 6 de febrero).
- Cruxent, José María. 1945. "Notas sobre algunos metates y morteros del Museo de Ciencias Naturales (Caracas)". En: *Acta Venezolana*. Boletín del Grupo de Caracas de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía, Tomo I, No. 1, Caracas, Venezuela.

- Crucent, José M. e Irving Rouse. 1982. *Arqueología cronológica de Venezuela*. Ernesto Armitano Editor, Caracas.
- Daniel, Glyn. 1987. *Un siglo y medio de arqueología*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Díaz, Natalia. 2006. *La documentación de las colecciones arqueológicas del Lago de Valencia: documentación y nueva museología*. Alcaldía de Valencia, Venezuela.
- Díaz-Polanco, Héctor. 1989. *El evolucionismo*. Juan Pablos Editor, México.
- Dupouy, Walter. 1952. “La teoría de la H. Venezuela encrucijada de las influencias culturales pre-colombinas”. En: *Tierra firme*, Año 1, No. 2, Caracas, pp. 16-17.
- Dupouy, Walter; Antonio Requena y J. M Crucent. 1948. “La estación arqueológica del río Memo, estado Guárico (Venezuela)”. En: *Acta Venezolana*. Boletín del Grupo de Caracas de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía, Tomo III, Nos. 1-4, Caracas, Venezuela, pp. 29-62.
- Durán, Reina. 1998. *La prehistoria del Táchira. Excavaciones arqueológicas*. Museo del Táchira, San Cristóbal, Venezuela.
- Edelca. 2007. *Rescate Arqueológico*. Disponible en: www.edelca.com.ve/ambiental/arqueologico.htm (Consulta: 7 de marzo).
- Édouard, Pommier de. 1998. “Introducción y notas”. En: Quatremère de Quincy, Antoine: Cartas a Miranda. *Sobre el desplazamiento de los monumentos de arte en Italia*. Instituto de Patrimonio Cultural, Caracas.
- Ernst, Adolfo. 1987. *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas.

- Ernst, Adolfo. 1987a. "Misceláneas antropológicas de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 33-33.
- Ernst, Adolfo. 1987b. "Antigüedades Indias de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 53-67.
- Ernst, Adolfo. 1987c. "Petroglifos de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 723-735.
- Ernst, Adolfo. 1987d. "Petroglifos y piedras artificialmente ahuecadas de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 93-101.
- Ernst, Adolfo. 1987e. "Observaciones antropológicas de la población de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 3-31.
- Escuela de Antropología de la UCV. 2007. *Historia de la Escuela*. Disponible en: http://www.faces.ucv.ve/antropologia/historia_de_la_escuela.htm (Consulta: 22 de octubre).
- Gallager, Patrick. 1976. *La Pitia: An archaeological series in northwestern Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 66, USA.
- Gassón, Rafael y Erika Wagner. 1998. "El programa de arqueología del Caribe y su impacto en la arqueología venezolana: antecedentes y consecuencias". En: Emanuele Amodio (Editor). *Historias de la antropología en Venezuela*. Ediciones de la Dirección de Cultura, Universidad del Zulia, Maracaibo.
- Gordones, Gladys. 1994. "Etnicidad, arqueología y patrimonio. Implicaciones de la destrucción del patrimonio arqueológico en el estudio de la etnicidad". En: *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, No. 10, Universidad de Los Andes, Mérida. pp. 33-39.

- Harwich, Nikita 1988. "La génesis de un imaginario colectivo: La enseñanza de la historia de Venezuela en el siglo XIX". En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, No. 282, Caracas.
- Harris, Marvin. 1985. *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Siglo XXI Editores, México.
- Howard, George. 1943. *Excavations at Ronquín, Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 28, USA.
- Humboldt, Alejandro De. 1985a. *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, Tomo 4, Monte Ávila Editores, Caracas.
- Humboldt, Alejandro De. 1985b. *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, Tomo 3, Monte Ávila Editores, Caracas.
- Hurtado, Ruperto. 1984. *Arqueología del noreste del Lago de Maracaibo. La Fase Mecocal*. Centro de Estudios Históricos, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad del Zulia. Mimeografiado.
- Jahn, Alfredo. 1932. "Los cráneos deformados de los Aborígenes de los Valles de Aragua. Observaciones antropológicas. Trabajo presentado a la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales". Disponible en: <http://200.2.12.152/cic/ajhdigital/paginas/archivodigital.html> (Consulta: 2 de octubre de 2007).
- Jahn, Alfredo. 1973. *Los aborígenes del occidente de Venezuela*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- Kidder II, Alfred. 1944. *Archaeology of northwestern Venezuela*. Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Vol. 26, No. 1, Cambridge.
- Krotz, Esteban. 2002. *La otredad cultural entre la utopía y la ciencia*. Universidad Autónoma Metropolitana, Fondo de Cultura Económica, México.

- Lander, Edgardo. 1993. "Ciencias Sociales: saberes coloniales y eurocéntricos". En: Edgardo Lander (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLASO, Argentina.
- Lares, Ignacio. 1950. *Etnografía del estado Mérida*. Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes, No. 7, Mérida.
- Lewis, B. R. 1949. "Notas preliminares de una investigación arqueológica". En: *Memorias de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle*. Tomo IX, No. 23, Caracas.
- Marcano, Gaspar 1971. *Etnografía precolombina de Venezuela*. Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, UCV, Caracas.
- Marcano, Vicente. 1971. "Resumen de las exploraciones practicadas por la comisión de antropología". En: Gaspar Marcano: *Etnografía precolombina de Venezuela*. Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, UCV, Caracas, pp. 349-352.
- Mata, Ricardo. 2001. *Arqueología del siglo xx. Tendencias y autores en la arqueología de América Latina*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- Medina Rubio, Aristides et all. 1999. *La enseñanza de la historia en Venezuela*. Convenio Andrés Bello, Bogotá.
- Meneses, Lino. 1991. *Arqueología y realidad: una aproximación al desarrollo histórico de la arqueología en Venezuela*. Trabajo final de grado. Escuela de Antropología, UCV, Caracas.
- Meneses, Lino. 1992. "Evolución histórica de la arqueología en Venezuela". En: *Boletín antropológico*. No. 25, Centro de Investigaciones-Museo Arqueológico, ULA, Mérida.
- Meneses, Lino. 1994. "Patrimonio y comunidad. La importancia de la participación comunitaria en la defensa y protección del patrimonio

- arqueológico”. En: *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, No. 10, Universidad de Los Andes, Mérida. pp. 47-56.
- Meneses, Lino. 1997. “Breve historia de los estudios arqueológicos en Mérida (1870-1980)”. En: *Presente y pasado*. No. 3, Revista de Historia, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Educación, ULA, Mérida. pp. 83-93.
- Meneses, Lino. 2001. “El desafío de la arqueología venezolana en el nuevo milenio: La producción de un conocimiento socialmente útil”. En: Lino Meneses P. y Gladys Gordones R. (Editores) *La Arqueología venezolana en el nuevo milenio*. Consejo Nacional de la Cultura, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.
- Meneses, Lino y Gladys Gordones. 2001. *La Arqueología venezolana en el nuevo milenio*. Consejo Nacional de la Cultura, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.
- Meneses, Lino, Gladys Gordones y Jacqueline Clarac. 2007. “Presentación”. En: *Lecturas Antropológicas de Venezuela*. Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes, Consejo Nacional de la Cultura, Ediciones Dábanatà, Mérida.
- Mignolo, Walter. 2003. *Historial locales/ Diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Ediciones Akal, Madrid.
- Ministerio del Poder Popular para las Relaciones Exteriores. 2007. “Los Derechos Venezolanos de Soberanía en el Esequibo. Capítulo IV: Cronología del Proceso de Reclamación”. Disponible en: www.mre.gob.ve/public/Precedencia%20Colonial.pdf. (Consulta: 20 de octubre).
- Molina, Luis y María Mercedes Monsalve. 1985. *Sicarigua. Estudio preliminar del modo de vida y formas agrarias en un yacimiento arqueológico del noreste de Venezuela*. Serie monografías y Ensayos, Ediciones de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos, Caracas.

- Molina, Luís. 1990. *Tras las huellas de animales antediluvianos, Antigüedades Indias, cultura. Contribución a la historia de la arqueología y la paleontología del estado Lara Venezuela 1852-1989*. CCOP-CONAC, Caracas.
- Navarrete, Rodrigo. 2004. *El pasado con intención. Hacia una reconstrucción crítica del pensamiento arqueológico en Venezuela*. Ediciones FACES/UCV y Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- Nomland, Gladys. 1993. "Archaeological site of Hato Viejo, Venezuela". En: *American Anthropologist*, Vol. 35, N° 4, Blackwell Publishing on behalf of the American Anthropological Association, USA. pp. 718-741.
- Nomland, Gladys. 1935. *New archaeological sites from the State of Falcón, Venezuela*. University of California Press, Berkeley, California.
- Ocanto, David. 2006. *Visiones y representaciones en la construcción simbólica de la cultura popular 1940-1948*. En: La tradición en la globalización. Ministerio de La Cultura/Instituto Universitario de Danza, Caracas.
- Oramas, Luís. 1911. *Rocas con grabados indígenas entre Tacata, San Casimiro y Güiripa*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Oramas, Luís. 1917. *Apuntes sobre arqueología venezolana*. Pan-American Scientific Congress, Proceedings, Vol. 1, Washington.
- Osgood, Cornelius. 1943. *Excavations at Tocarón, Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 28, USA.
- Osgood, Cornelius y George Howard. 1943. *An Archeological survey of Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 27, USA.
- Oviedo y Baños, José. 1982. *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Ediciones Fundación Cadafe, Caracas.

- Pardo, Isaac. 1991. *Juan de Castellanos. Estudio de las Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Caracas.
- Paranhos da Silva, Mauricio. 1957. "Céramiques précolombiennes de Boconó et d'Urumaco (Venezuela)". En: *Bulletin Société Suisse des Americanistes*. N° 13. Genève. pp. 12-27.
- Patterson, Thomas. 1988. "Los últimos sesenta años: Hacia una historia social de la arqueología americanista en Los Estados Unidos". En: *Thomas Patterson: la historia y la ideología de la arqueología estadounidense*. Manuscritos inéditos.
- Patterson, Thomas. 1999. "The political economy of archaeology in the United States". En: *Annual Review of Anthropology*. Vol. 28, USA. pp. 155-174.
- Pérez Marchelli, Héctor. 1983. "La ciencia y la tecnología". En: *Venezuela 1883*. Tomo III, Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar. Congreso de la República., Caracas. pp. 363-385.
- Petrullo, Vincenzo. 1939. "Archeology of Arauquin". En: *Anthropological Papers*, No. 12, Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, Washington.
- Petrullo, Vincenzo. 1969. *Los Yaruros del río Capanaparo-Venezuela*. Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Quijano, Aníbal. 1993. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En: Lander, Edgardo (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLASO, Argentina.

- Quijano, Aníbal. 2000. "Colonialidad del poder y clasificación social". En: *Journal of World-systems research*, Vol. XI, No. 2, University of California, Santa Cruz.
- Quijano, Aníbal. 2007. "Colonialidad del poder y clasificación social". En: Santiago Castro Gómez y Ramón Grosfoguel (Editores): *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Pontificia Universidad Javeriana-Siglo del Hombre Editores, Argentina.
- Quijano, Aníbal. 2000. "Qué tal raza". En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 6, No. 6, Caracas.
- Quintero, Rodolfo. 1964. "Intervenciones". En: *Memoria. Escuela de Sociología y Antropología. X Aniversario de la Escuela de Sociología y Antropología*. Edición Especial del Boletín Bibliográfico Ediciones, Facultad de Economía. UCV, Caracas.
- Quintero, Rodolfo. 1969. "La sociología y la antropología en la Venezuela actual". En: *Economía y Ciencias Sociales*. Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV, Año XI, N° 3, Caracas.
- Quatremère de Quincy, Antoine. 1998. *Cartas a Miranda. Sobre el desplazamiento de los monumentos de arte en Italia*. Instituto de Patrimonio Cultural, Caracas.
- Requena, Rafael. 1932a. *Vestigios de la Atlántida*. Tipografía Americana, Caracas.
- Requena, Rafael. 1932b. "El Libro del Doctor Requena". *Diario de las excavaciones arqueológicas practicada en los cerritos del valle de Tacarigua*. En: El Universal, 6 de agosto, Caracas, p. 1.
- Roche, Marcel. 1978. "Semblanza de J. M. Crucent". En: Erika Wagner y Alberta Zucchi (Editores) *Unidad y Variedad. Ensayos en homenaje a José M. Crucent*. Centro de Estudios Avanzados, Departamento de Antropología, IVIC, Caracas.

- Rodríguez, Luis Cipriano. 1983. *Gómez: Agricultura. Petróleo y dependencia*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- Rojas Paúl, Juan P. 1970. “Mensaje que el doctor Juan Pablo Rojas Paúl, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, presenta al Congreso Nacional en 1889”. En: *Mensajes presidenciales*. Tomo II, Caracas.
- Said, Edward. 2007. *Orientalismo*. Debolsillo, España.
- Salas, Julio C. 1918. “Estudios americanistas: Los orígenes”. En: *Ciencia y Hogar*. Revista quincenal de medicina, ciencia e higiene doméstica, Año I, No. 6, Caracas.
- Sanoja Hernández, Jesús. 1980. “Prólogo”. En: *Cipriano Castro en la Caricatura mundial*. Publicaciones Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y Fundación para el Rescate del Acervo Documental Venezolano, Caracas.
- Sanoja, Mario. 1969. *La fase zancudo. Investigaciones arqueológicas en el Lago de Maracaibo*. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, UCV, Caracas.
- Sanoja, Mario. 2001. “Uso y desuso de la Arqueología cronológica”. En: Lino Meneses P. y Gladys Gordones R. (Editores) *La Arqueología venezolana del nuevo milenio*. Consejo Nacional de la Cultura, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.
- Sanoja, Mario e Iraidá Vargas. 1967. “Proyecto: Arqueología del Occidente de Venezuela. Primer informe general. 1967”. En: *Revista Economía y Ciencias Sociales*. Año IX, No. 2, FACES/UCV, Caracas.
- Sanoja, Mario e Iraidá Vargas. 1974. *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos. Notas para el estudio de los procesos de integración de la sociedad Venezolana (12.000 a.C.- 1900 d.C.)*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- Sanoja, Mario e Iraidá Vargas. 1978. “VII Congreso Internacional para el estudio de las culturas precolombinas de las Pequeñas Antillas”. En: *Boletín Indigenista*. Tomo XVIII, No. 14, Caracas, pp. 63-106.

- Sanoja, Mario e Iraida Vargas. 1990. "Perspectiva de la antropología en Venezuela: el caso particular de la arqueología". En: Gens. *Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos*. Vol. 4, No. 1, Caracas.
- Shaw, Thurstan. 1986. "¿Guardianes o propietarios?" En: *Museum*, No 149, UNESCO, París, pp.46-48.
- Society for Science & The Public. 1941. "U. S. Launches 10 archaeology expeditions in Latin America". En: *The science News-Letter*, Vol. 40, N° 5, USA. pp 67-68.
- Spinden, Herbert. 1916. New data the archaeology of Venezuela. En: *Proceedings National Academy of Sciences*, New York. pp. 325-328.
- Toro, Elías. 1906. *Antropología general y de Venezuela precolombina*. Tipografía Herrera Irigoyen, Caracas.
- Toro, Elías. 1961. "Por las selvas de Guayana". En: *La Doctrina Positivista*, Tomo I. Pensamiento político venezolano del siglo XIX, Presidencia de la República, Caracas. pp. 479-491.
- Trigger, Bruce. 1992. *Historia del pensamiento arqueológico*. Editorial Crítica, Barcelona, España.
- UNESCO. 1986. "Retorno y restitución de los bienes culturales: examen de la situación". En: *Museum*, N° 149, París.
- UNESCO. 2006. *Medidas jurídicas y prácticas contra el tráfico ilícito de bienes culturales*. Sección de Normas Internacionales, División del Patrimonio Cultural, París.
- Vargas, Iraida. 1976. "Introducción al estudio de las ideas antropológicas venezolanas". 1880-1936. En: *Semestre Histórico*, No. 3, Caracas.
- Vargas, Iraida. 1986. "Evolución histórica de la arqueología en Venezuela". En: *Quiboreña*. Año 1, No. 1, Museo Arqueológico de Quíbor, Quíbor, estado Lara.

- Vargas, Iraida. 1990. *Arqueología Ciencia y Sociedad. Ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económica social tribal en Venezuela*. Editorial Abre Brecha, Caracas.
- Vargas, Iraida. 2001. "Entre utopías y Paradigmas: La arqueología venezolana ante el nuevo orden mundial". En: Lino Meneses Pacheco y Gladys Gordones Rojas (Editores) *La Arqueología venezolana del nuevo milenio*. Consejo Nacional de la Cultura, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.
- Vargas, Iraida. 2005. "Visiones del pasado indígena y el proyecto de una Venezuela futura". En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 11, No. 2, Caracas.
- Vargas, Iraida y Mario Sanoja. 1992. *Historia, identidad y poder*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- Vellard, J. 1936. "Mission du Dr. Vellard au Vénézuéla". En: *Journal de la Société des Américanites*, Vol. 28, N° 2, Francia. pp 408-418.
- Vellard, J. 1936. "Rapport préliminaire de l'expédition française transgorenland, 1936" En: *Journal de la Société des Américanites*, Vol. 28, N° 2, Paris. pp 408-418.
- Vellard, J. 1938. "Contribution à l'archéologie des Andes Vénézuéliennes (première note)". En: *Journal de la Société des Américanites*, Vol. 30, N° 1, Paris. pp 115-128.
- Veloz Maggiolo, Marcio. 1979. "Notas históricas sobre la Arqueología en las Antillas". En: *Revista española de antropología americana*, No. 9, Universidad Complutense de Madrid, pp. 123-134.
- Verneau, R. 1901 "Acienne sépulture de la rivière Arauca, affluent de l'Orénoque". En: *Journal de la Société des Américanites*, Vol. 3, N° 2, Paris. pp 146-167.

- Varine, Hugues de. 1983. "Violación y saqueo de las culturas: un aspecto de la degradación de los términos del intercambio cultural entre las naciones". En: *Museum*, No 139, UNESCO, París, pp. 152-157.
- Vessuri, Hebe. 1996. "¿Estilos nacionales de antropología? Reflexiones a partir de la sociología de la ciencia". En: *Maguare*, No. 11-12, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 58-73.
- Villavicencio, Rafael. 1895. "Las ciencias naturales en Venezuela". En: *Primer libro de literatura, ciencias y bellas artes*. Tipografía Cojo y Tipografía Moderna, Caracas.
- Villavicencio, Rafael. 1961. "El instituto de ciencias sociales y el aniversario de la independencia nacional". En: *La Doctrina Positivista*, Tomo I. Pensamiento político venezolano del siglo XIX, Presidencia de la República, Caracas. pp. 79-82.
- YALE Peabody Museum. 2006. "Research&collections". Disponible en: <http://research.yale.edu/cgi-bin/cgiwrap/yym3/Query.Ledger?LE=ant&ST=2&TX=&HT=&CN=&LO=VenezuelaTocoron&PE=&OT=&ID=&SO=1> (Consulta: 24 de octubre).
- Wagner, Erika. 1967. "Patrones culturales de los Andes venezolanos". En: *Acta científica Venezolana*, No. 18, Caracas. pp. 5- 8.
- Wagner, Erika. 1970. "Arqueología de la región de Mucuchíes en los Andes venezolanos". En: *Acta científica Venezolana*, No. 21, Caracas. pp. 180-185.
- Wagner, Erika. 1972. "Protohistoria e historia inicial de Boconó, Estado Trujillo". En: *Antropológica*, No. 33, Caracas. pp. 39-60.
- Wagner, Erika. 1980. *La prehistoria de Mucuchíes*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.

- Wagner, Erika. 1982. "El papel de la Asociación Venezolana de Arqueólogos (AVA)". En: *Acta Científica Venezolana*. Vol. 33, No. 5, Caracas.
- Wagner, Erika. 1988. *La prehistoria y etnohistoria del área de Carache en el occidente venezolano*. Ediciones del Rectorado, Universidad de Los Andes, Mérida.
- Wagner, Erika. 1992. "Diversidad cultural y ambiental en el occidente de Venezuela". En: Omar Ortiz-Troncoso y Thomas Van Der Hammen (editores). *Archaeology and environment in Latin America*. Proceedings of Symposium held at the 46th International Congress of Americanists Amsterdam, Universitett Van Amsterdam. pp. 207-221.
- Wagner, Erika y Kay Tarble. 1975. "Lagunillas: A new archeological phase for the Lake Maracaibo basin, Venezuela". En: *Journal of Field archaeology*. Vol. 2, Boston University, USA. pp. 105-1
- Zavala, Silvio. 2005. *Filosofía de la conquista y otros textos*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Zucchi, Alberta. 1968. "Algunas hipótesis sobre la población aborigen de los llanos Occidentales de Venezuela". En: *Acta científica Venezolana*, No. 19, Caracas. pp. 135-139.
- Zucchi, Alberta. 1975. *Caño Caroní un grupo prehispánico de la selva de los llanos de Barinas*. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV Caracas.
- Zucchi, Alberta y William Denevan. 1979. *Campos elevados e historia cultural prehispánica en los llanos occidentales de Venezuela*. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.

